OPPIDUM. CUADERNOS DE INVESTIGACIÓN, n.º 14-15, 2018-2019: 67-102. IE Universidad, Segovia. ISSN: 1885-6292.

UTENSILIOS CERÁMICOS AUXILIARES EN LA PREPARACIÓN Y CONSUMO DE ALIMENTOS EN EL ÁREA VACCEA

SPECIAL POTTERY IMPLEMENTS FOR COOKING AND CONSUMPTION OF FOOD AT THE VACCAEAN TERRITORY

Juan Francisco Blanco García
Universidad Autónoma de Madrid.
paco.blanco@uam.es

Resumen

Morteros, coladores, ralladores, embudos, cucharas, cazos…, fabricados en cerámica, constituyen un conjunto de utensilios aislable de los propios recipientes cerámicos, cuya homogeneidad les viene por tener en común el hecho de estar relacionados con la preparación, la transformación y la manipulación de los alimentos antes de ser cocinados propiamente y consumidos. En el mundo vacceo estos utensilios se tienen constatados tanto en ambientes domésticos como productivos y funerarios —si bien no en todos los casos—, a partir del siglo IV a. C., aunque de nuevo dependiendo de cada útil en concreto.

Palabras clave: *Vacceos, cerámica, útiles de cocina, Edad del Hierro, valle medio del Duero, España.*

Summary

Mortars, colanders, graters, funnels, spoons, ladles…, are a group of ceramic objects that were utilized to prepare drinks and foods by the pre-Roman Meseta peoples. In the middle Duero valley, territory of the Vaccaei, those wheel-made pottery (except the rectangular boxes) are present in houses, dunghills, production centres and tombs, but not in every cases, from fourth century to the end of the Iron Age.

Keywords*: Vaccaei, pottery, kitchen implements, Iron Age, middle Duero valley, Spain.*

Fecha de recepción: 06/03/2018. Fecha de aceptación: 29/03/2018.

Introducción

Por obvio, podría parecer innecesario decir que la preparación de los productos alimentarios para su consumo principalmente se llevaba a cabo en el ámbito doméstico, como parte de la vida cotidiana de los vacceos, pero si no es tal se debe a que, aunque de manera excepcional, en contextos de necrópolis, en el marco de los banquetes funerarios que tenían lugar a pie de sepultura, también se desarrollaban actividades culinarias, como ampliamente ha sido documentado en diversas necrópolis, entre las que destaca por la generosa y detallada información que hasta ahora ha rendido la de Las Ruedas (Padilla de Duero/Peñafiel, Valladolid). Y con toda seguridad, a estos dos ámbitos cabría añadir un tercero: el de los rituales (de paso, propiciatorios, expiatorios, totémicos…) que periódicamente se celebrarían en lugares fijos tales como saunas o espacios naturales cargados de simbolismo, aunque de esto último es muy poco (por no decir nada) lo que aún sabemos para el caso vacceo.

En este trabajo no nos vamos a ocupar del elenco de recipientes habitualmente asociados al cocinado y consumo de los alimentos entre los vacceos, sino de aquellos otros que tienen carácter auxiliar, que sirvieron tanto para la preparación y manipulación de alimentos antes de ser cocinados y servidos en los recipientes propiamente dichos como para la guarda de mercancías entre las que podrían encontrarse la sal o las hierbas aromáticas. Nos referimos a morteros, coladores, ralladores, embudos, cucharas, cazos y algunas cajitas que bien podrían haber servido para contener las materias que acabamos de indicar. La mayor parte de estos utensilios se tienen constatados en contextos domésticos, pero hay algunos, como los cazos, que es en los funerarios donde, por el momento, han aparecido casi con exclusividad, asociados a los banquetes fúnebres, de lo cual deducimos que si eran utilizados en estos actos de comensalidad, también lo estarían en las viviendas. Baste pensar en el vasito caliciforme interpretado como posible cazo que fue recuperado en la denominada "estancia del banquete" de una de las viviendas de Las Quintanas-*Pintia* (Romero Carnicero y Górriz Gañán, 2007: 112; Sanz Mínguez *et alii*, 2009: 44, 7), y que los análisis de residuos han demostrado que sirvió para escanciar vino.

Las viviendas vacceas hasta ahora exhumadas en las excavaciones, aún no muchas y raramente en la totalidad de sus plantas, suelen constar de tres o cuatro estancias, en la principal de las cuales se encontraba el hogar en el que se cocinaba. Un hogar, por otra parte, que generalmente se sitúa en una posición central del suelo de dicha habitación, definido por un reborde de arcilla de forma circular en unos casos y cuadrangular en otros que puede tener entre 10 y 20 cm de altura cuya función es impedir que el fuego y las brasas se extiendan por toda la superficie de la sala. Salvo en alguna casa de dimensiones medianas o grandes, como ocurre con la denominada *Casa del Sótano* de *Rauda*, que se pudo excavar al completo y por ello sabemos que tuvo unos 100 m² distribuidos en cinco espacios más un pequeño sótano de unos 4 m², no se puede identificar ninguna estancia expresamente dedicada a la preparación de alimentos, ninguna cocina como tal. En la referida vivienda raudense, la Estancia 4, con unas dimensiones de 5 x 3,25 m, se ha propuesto que tuviera esa función a partir de la presencia de más de un hogar y de algunos enseres destinados a la

preparación de alimentos o su consumo, incluso ritual (Abarquero y Palomino, 2012: 91 y 141, fig. 23 y lám. 23). Sin embargo, ninguno de los que aquí trataremos ha aparecido entre sus restos.

Lo habitual es que las labores de cocinado se realicen en un espacio específico de la estancia de mayores dimensiones de la casa. Un espacio que en ocasiones pudo disponer de un horno o incluso de más de uno, como se documentó en cierta vivienda del sector A1 de Las Quintanas-*Pintia* (Centeno Cea *et alii*, 2003: 78-81, figs. 5 y 7); en el poblado III de Cuéllar (Barrio Martín, 1993: 197; *Id*., 1999: 54), fechado en los finales del siglo V y durante todo el IV a. C., donde aparecieron dos pequeños hornos con bóveda semicircular de barro y boca abocinada separados por una plataforma también de barro que pudo haber servido como fogón; o en la vivienda número 8 de las exhumadas en las excavaciones que se realizaron en 2008-2010 en Montealegre de Campos, que contaba con una zona de hornos adosados a una de sus paredes medianiles (Blanco García *et alii*, 2011: 79, dib. sup. y 81). Lamentablemente, los útiles cerámicos auxiliares contextualizados que aquí nos interesan no suelen aparecer en torno a estas estructuras de combustión domésticas, sino dispersos por cualquier estancia e incluso fuera de las viviendas, en espacios abiertos como calles y callejones.

1. Morteros

De manera habitual, en el mundo de la alfarería vaccea venimos considerando como morteros a determinado tipo de recipiente cerámico que morfológicamente es similar a las copas de pie poco desarrollado, o incluso sin él, pero que como características principales presentan tanto el borde como la zona inferior de las paredes con un destacado grosor y en algunos casos muestran en su fondo interno sensibles evidencias de golpes y rozaduras consecuencia de los trabajos de trituración que en ellos se llevó a cabo (Sacristán, 1986: 174, fig. 13, 12, lám. XXXVII, 5, lám. LXXXII, 2; Blanco García, 2003, 101, fig. 18, 20 y 21). Sin embargo, y salvo en algunos casos concretos, como ocurre con un ejemplar recuperado en el Ayuntamiento de Roa, con otro hallado en el Almacén 1 del alfar de *Cauca* (Blanco García, 1991: fig. 17, 43), del que luego daremos más detalles, o con un tercero recuperado en la calle Valdenebro n.º 28, también de Coca, no tenemos la completa seguridad de que todos hubiesen servido para triturar y molturar productos alimenticios sólidos. En los poblados celtibéricos ocurre lo mismo, siendo muy numerosas estas formas, en unos casos denominadas morteros también (García Heras, 1998: 24, Forma 14, figs. 5.3 y 6.2; Jimeno, 2005: n.º cat. 74), y en otros simplemente copas (p. ej., Wattenberg Sanpere, 1963: 30, 44, 178-181, tablas XXII, XXIII y XXX, 845; Arenas, 1999: fig. 162, IX). Y por lo que al mundo ibérico se refiere, aunque los morteros de tipo vacceo y celtibérico se tienen constatados en algún que otro yacimiento (Ruiz y Molinos, 1995: 91, fig. 22, 13), no son nada habituales, pues los que imperan, ya desde el siglo V a. C., son los planos, con forma de plato o de fuente poco profunda, cuyo fondo interno ha sido preparado como superficie abrasiva mediante la incrustación de piedrecitas o de trocitos aristados de cerámica y en algunos casos mediante estrías incisas concéntricas, como pueden verse, a título de ejemplo, en varios

yacimientos edetanos (Mata y Bonet, 1992: 137, fig. 19, tipo 4; Bonet, 1995: 415, fig. 211, A.V.4; Bonet y Mata, 1997: 43, fig. 5, 21, fig. 11, 54 y 55; Iborra *et alii*, 2010: 104, fig. 6, 4).

La mayor parte de los morteros vacceos que se conocen pertenecen a la familia de las cerámicas cocidas en atmósferas oxidantes, de pastas anaranjadas por tanto, pero también se fabricaron en cerámica gris. De hecho, nuestro ejemplar representativo del Tipo 2, que más abajo explicaremos, es gris, además muy antiguo, pues procede del alfar caucense. Andando el tiempo, entre las cerámicas grises de imitación de vasos argénteos, que, como se sabe, estuvieron fabricándose en el último tercio del siglo II a. C. y en el primero del I a. C., pero que siguieron estando en uso décadas después, también se fabricaron diferentes tipos de mortero (Blanco García, 2001: 41-42, fig. 1, IV).

Desde el punto de vista cronológico, el mortero es un tipo de recipiente que al centro del valle del Duero llegó durante el proceso de celtiberización. Entre los más antiguos se encuentran los dos ejemplares documentados en el alfar de *Cauca*, fechado en momentos antiguos del siglo III a. C. (Blanco García, 1998: 126, fig. 6, 8), así como un borde recuperado dentro de uno de los adobes de la muralla vaccea de esta misma ciudad (*Id.*, 2015b: 45, fig., 3), y los más modernos son ya de la segunda mitad del siglo I a. C. En los yacimientos vacceos nunca suele faltar este tipo de utensilio cerámico pero son más numerosos en las fases avanzadas (ss. II y I a. C.) que en las antiguas (ss. IV y III a. C.). Tanto en estos momentos antiguos como en aquellos otros más avanzados, se estuvieron fabricando morteros de variada tipología, razón por la cual no podemos establecer una evolución morfológica. Cierto es que sí hay rasgos en los bordes que son indicativos bien de antigüedad o bien de modernidad, pero es el contexto de cada ejemplar el que en definitiva marca el momento.

Si bien la mayor parte de los morteros vacceos proceden de medios habitacionales —como era de esperar, y al igual que ocurre en el ámbito celtibérico—, en alguna rara ocasión han hecho acto de presencia en los cementerios, quizá debido a los procesos de preparación de alimentos que para la celebración del banquete funerario se llevaban a cabo a pie de sepultura. Por ejemplo, entre los materiales descontextualizados que se recogieron en la necrópolis de *Pallantia*/Palenzuela al poco de ser descubierta se halla un mortero completo, hecho a torno, de barro anaranjado, paredes espesas, como es habitual, y pie anular grueso, que posee 5,5 cm de altura y 8,1 cm de diámetro de boca (Castro, 1971: 21, n.º 34, 42 y lám. IX, n.º 34). Y en Las Ruedas, de *Pintia*, el vaso que constituye la *Variante* 2 de la Forma VII corresponde también a un mortero, aunque no se ha conservado ni el fondo ni el pie (Sanz Mínguez, 1997: 287, fig. 211, 148 n.º 150, fig. 151 n.º 150; Górriz Gañán, 2010: 240, fig. 3e VII2).

Los morteros experimentaron, en lo esencial, muy pocas transformaciones morfológicas a lo largo de la etapa vaccea. Dentro de la notable homogeneidad métrica que suelen tener, pues todos poseen alturas y diámetros de boca muy similares, las variaciones morfológicas es sobre todo en el tipo de borde donde se advierten y secundariamente en el tipo de pie. A diferencia de los bordes de las copas de cuerpo hemisférico (p. ej. Sacristán,

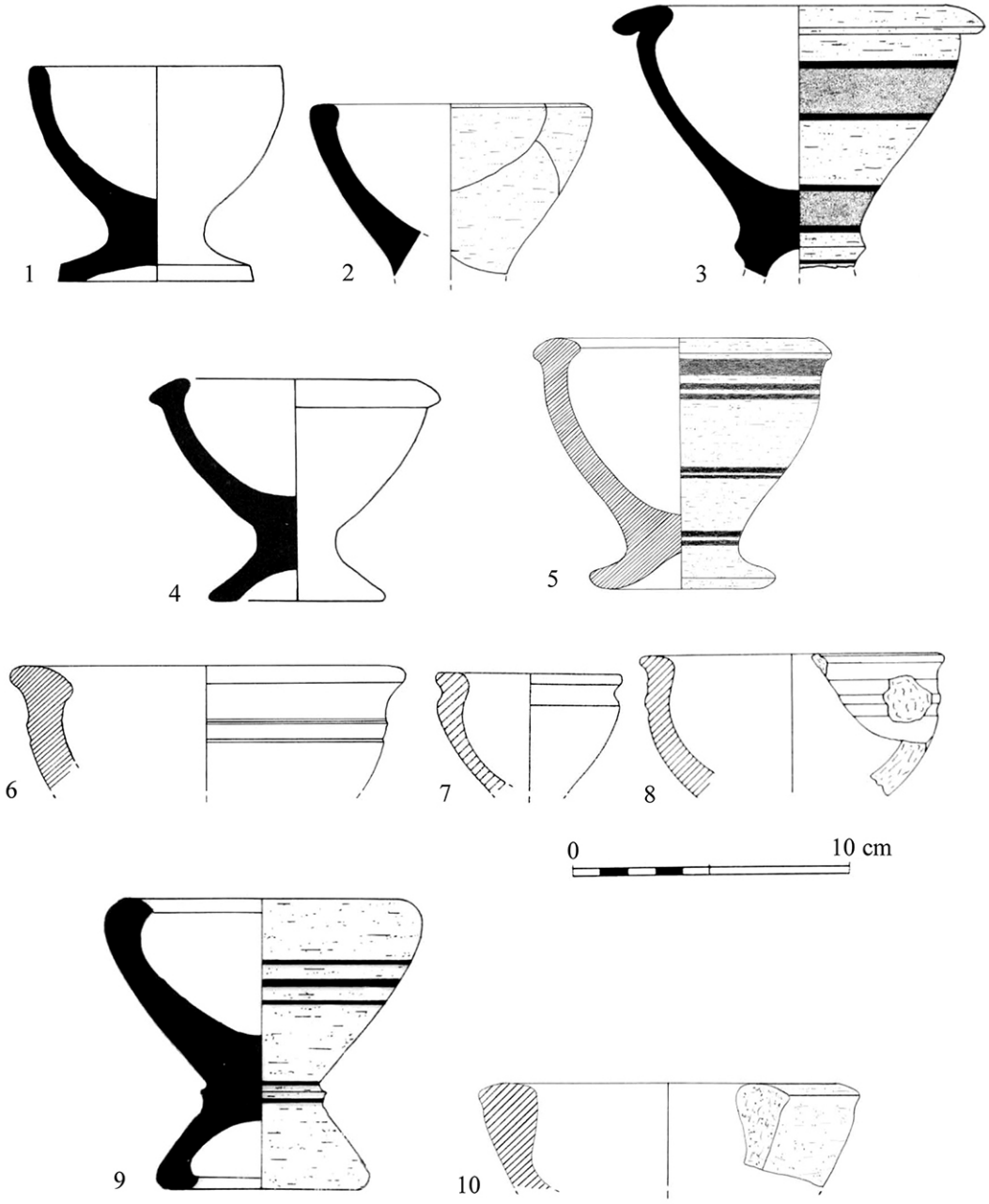

Figura 1. Tipos de mortero. 1 y 4, de *Rauda* (Sacristán, 1986); 2, 3 y 5-10, de *Cauca* (el tipo 4, fuera de escala).

1986: fig. 13, 8-11, lám. XXXII; Sanz Mínguez, 1997: 282, Forma VII variante 1), que suelen ser la prolongación sencilla de la pared o, como mucho, tener un leve engrosamiento, los de los morteros son bordes muy espesos y moldurados casi todos, lo que les hace poco adecuados para poder beber. Atendiendo prioritariamente a la morfología del borde, se pueden distinguir hasta una decena de tipos diferentes.

— *Tipo 1* (Figura 1, 1). Tiene como característica fundamental que se trata de un borde sin engrosar, prolongación natural de la pared, lo cual es poco común entre los morteros vacceos y habitual entre las copas, como acabamos de señalar. Salvo que, como en este caso, se conserve la forma completa, los fragmentos de borde de esta morfología suelen ser clasificados como pertenecientes a copas, no a morteros. La pieza que nos sirve para marcar el tipo se halló en *Rauda*, posee un pie de copa muy bajo pero espeso —diseñado para soportar la presión de las acciones de trituración—, tiene 9 cm de diámetro de boca, 8,2 de altura y se fecha en la denominada por J. D. Sacristán "etapa celtibérica plena" (Sacristán, 1986: 174, lám. XXXVII, 5).

— *Tipo 2* (Figura 1, 2). Es un mortero con el borde engrosado sencillo y cuerpo troncocónico cuya base desconocemos pero que presumiblemente estaría algo elevada sobre un pie de copa. El ejemplar prototípico, de pasta gris y 10 cm de diámetro de boca, procede del denominado Almacén 1 del alfar de *Cauca*, con lo que se fecha en la primera mitad del siglo III a. C. (Blanco García, 1991: fig. 17, 43). El contexto de área de trabajo en el que se halló, unido al hecho de que en las zonas bajas de la pared interna muestra numerosos golpes y rozaduras, nos hace sospechar que quizá se usó para triturar materias minerales relacionadas con la producción alfarera, puede que colorantes para las pinturas cerámicas, aunque esto no es más que una suposición porque restos no han quedado en su interior. A este tipo es al que corresponde el ejemplar de Las Ruedas referido tres párrafos más arriba, de 11,2 cm de diámetro de boca y, al igual que el de *Cauca*, sin decoración. Al haber sido hallado fuera de contexto durante la campaña de 1979, desconocemos hacia qué fecha se fabricó y usó.

— *Tipo 3* (Figura 1, 3). Posee dos características formales destacadas: el borde, después de cerrar hacia el interior, dobla sobre si mismo en un giro de casi 180 grados al exterior pero no llega a adquirir el engrosamiento de perfil almendrado propio de este tipo de recipientes, sino un labio externo en destacado voladizo. El mortero que marca el tipo de nuevo procede del alfar vacceo de *Cauca*, pero esta vez del Almacén 2, tiene 10,5 cm de diámetro de boca y posee decoración bicroma: dos bandas horizontales de pintura anaranjada delimitada cada una de ellas por líneas negras. Tanta diferencia morfológica entre este ejemplar y el anterior, ambos fechados en un mismo momento, incide en esa idea más arriba señalada de que a lo largo del tiempo histórico de los vacceos se estuvieron fabricando simultáneamente diferentes tipos de mortero. De este modelo hasta ahora no conocemos paralelos en otros yacimientos vacceos, y tampoco en los celtibéricos.

— *Tipo 4* (Figura 1, 4). Tiene el borde engrosado, algo aplanado (lenticular), dispuesto con una inclinación de unos 45 grados respecto de la horizontal y el cuerpo es de cuarto de esfera. El ejemplar prototípico procede de *Rauda*, desconocemos las medidas que tiene al

carecer de escala la ilustración en la que se encuentra y de nuevo se fecha, *grosso modo*, en la "etapa celtibérica plena" (Sacristán, 1986: 174, fig. 13, 12). En ocasiones, este modelo puede presentar el labio externo prácticamente plano, tal como vemos, por ejemplo, en otro mortero raudense recuperado en el Ayuntamiento (*Id.*, 1986: 174, lám. LXXXII, 2), cuya pared externa es más troncocónica que hemisférica. En *Cauca* los morteros de esta morfología son bastante comunes, siempre fragmentados, lo cual no impide que sepamos cómo sus diámetros de boca suelen oscilar entre los 12 y los 16 cm.

— *Tipo 5* (Figura 1, 5). Al igual que el anterior, este es uno de los tipos de mortero más corrientes en el mundo vacceo, caracterizado por la forma de T que adquieren la conjunción de zona alta del cuerpo y el borde almendrado al tener este último su eje longitudinal completamente en horizontal. De nuevo se puede decir que se trata de un borde de sección lenticular. En *Cauca* es muy común, y de hecho el ejemplar con el que ilustramos el tipo procede de ella, de la intervención realizada en 2006 para ampliar el I.E.S. *Cauca Romana*, concretamente. Tiene 9,6 cm de diámetro de boca, se decoró con varias líneas horizontales de pintura negra y por los materiales con los que formaba contexto es posible fecharlo hacia finales del siglo II a. C. o inicios de la siguiente centuria, la misma data que nos muestra cierto ejemplar hallado en Cuatro Calles o que otro procedente de la calle Valdenebro 28, de 11,4 cm de diámetro de boca. No obstante, este es un tipo de borde que ya está documentado en época anterior y que sigue apareciendo a lo largo del siglo I a. C.

— *Tipo 6* (Figura 1, 6). Tiene como rasgo característico el que su borde almendrado, de sección lenticular también, está inclinado hacia dentro del vaso. Los morteros con este tipo de borde nos constan, por ahora, sólo en momentos antiguos. Y de hecho, el ejemplar que nos sirve para marcar el tipo se halló dentro de uno de los adobes de la muralla vaccea de *Cauca* (Blanco García, 2015c: 124, fig. 16, 3), lo que significa que cuando ésta se construyó, hacia la primera mitad del siglo III a. C., el mortero ya estaba amortizado, con lo que se fabricó y estuvo en uso con anterioridad. Su diámetro de boca es de 13,6 cm y aunque carece de decoración pictórica sí muestra unas molduras en el inicio del borde.

— *Tipo 7* (Figura 1, 7). Es de paredes más gruesas en la parte alta del cuenco, su borde muestra sección lenticular aplanada por arriba pero abombada hacia el interior, si bien se prolonga suavemente hacia fuera en virtud de una ancha acanaladura casi convertida en cuello corto. La pieza que sirve de modelo, hallada en *Cauca*, corresponde a las producciones grises de imitación de vasos de plata —por lo que se fecha entre los años 130/125 a. C. y el 70 a. C.—, tiene tan sólo 6,6 cm de diámetro de boca y aunque no conserva la base, su altura estaría entre los 8 y los 9 cm, en caso de que hubiera sido plana (Blanco García, 2001: 42, fig. 1, IV 2). Por tanto, es un mortero al borde de la miniaturización, y esto tal vez tenga algo que ver con el tipo de materias que en su interior se triturarían. De nuevo, tampoco hallamos paralelos para esta forma, ni en pasta gris ni en anaranjada.

— *Tipo 8* (Figura 1, 8). Su borde es similar al anterior pero más esbelto, moldurado y con la pared conservando la misma anchura a lo largo de su desarrollo, si bien parece que tiende hacia el engrosamiento en la zona inferior, como corresponde a los morteros. De nuevo procede de *Cauca* el ejemplar prototípico, concretamente del estrato XVIIa de la

excavación calle Azafranales n.º 5, y de nuevo pertenece a las producciones grises de imitación de vasos argénteos (Blanco García, 1993: 120, fig. 1, 17; *Id.*, 2001: 42, fig. 1, IV 2). Su diámetro de boca es de 10,8 cm y, en este caso parece muy probable, pudo haber tenido pie de copa.

— *Tipo 9* (Figura 1, 9). Muestra un borde que además de estar engrosado se vuelve ligeramente hacia el interior creando una carena viva entre el labio y el comienzo de la pared interna. El ejemplar prototípico se conserva completo, formaba parte de los vasos de acompañamiento de la sepultura de un guerrero practicada dentro de una vivienda de *Cauca* que documentamos en las excavaciones de 1999 (Blanco García, Pérez González y Reyes Hernando, 2012-2013: 96-97, figs. 26 y 27; Blanco García, 2009: 222, foto) y que, por el contexto general de los materiales, fechamos hacia finales del siglo II a. C. o inicios del I a. C. Tiene 9,7 cm de diámetro de boca, 10,7 cm de altura y muestra una decoración sencilla de líneas de pintura ocre bastante perdidas ya.

— *Tipo 10* (Figura 1, 10). Tiene un borde cuya sección adquiere forma de bastoncillo de gran grosor. El ejemplar marcador del tipo procede de *Cauca*, tiene tan sólo 12 cm de diámetro de boca y por la tendencia de la pared parece que se trataba de un mortero cuyo interior tuvo una escasa profundidad, lo que facilitaría aún más, si cabe, la labor de molturación. Morteros con el borde de sección tan cuadrangular como este no conocemos, ni en *Cauca* ni en ningún otro yacimiento meseteño, pero sí algún que otro borde con forma de pera invertida.

Ya para finalizar, nuestro absoluto desconocimiento de las manos con las que se triturarían las materias alimenticias (o de otra naturaleza, en algún caso) en estos morteros nos obliga a pensar que no serían de cerámica, sino de madera seguramente, aunque alguna pudo ser de hueso (epífisis) o incluso de piedra, pero en cualquier caso nunca han aparecido en excavación dentro o junto a los morteros. En el mundo ibérico sí son muy corrientes las manos de mortero de cerámica, con el asidero de variada tipología —acodado, con dos apéndices habitualmente zoomorfos, con tres apéndices, antropomorfos—, y siempre muy desgastada la zona activa (Mata y Bonet, 1992: 137, fig. 19, grupo V, tipo 5), pero de estos tipos en el vacceo no hay constancia por ahora.

2. Coladores

A lo largo de su trayectoria histórica, los vacceos dispusieron tanto de coladores de bronce —del que un buen ejemplo viene a ser el hallado en la Casa 9 de Las Quintanas-*Pintia*, fechado en época sertoriana (Sanz Mínguez, Romero Carnicero y Górriz Gañán, 2009: 261, fig. 2)—, como de cerámica, estos últimos fabricados a mano, en unos casos, y a torno, en otros. Así, en la tumba 75 de Las Ruedas, fechada *grosso modo* en el siglo II a. C., hay un catino troncocónico hecho a mano que posee cuatro perforaciones en la base (aunque pudo haber tenido una quinta) que seguramente sirvió de colador antes de ser amortizado como posible tapadera de la urna cineraria, pues se halló en posición invertida cubriéndola parcialmente (Sanz Mínguez *et alii*, 2003: 175, fig. 3, K y Cat., 289) (Figura 2, 1). Teniendo en cuenta el diámetro relativamente grande de las perforaciones de este cuenco, lo que resulta

poco habitual, es más que probable que entre el líquido a colar y la superficie del recipiente se interpusiera un paño, como ha venido siendo habitual en tierras de Castilla hasta mediados del siglo XX cuando había que colar leche o mosto. En ambos casos el paño es necesario, pues de otro modo por tan anchas perforaciones hubieran pasado todo tipo de sólidos.

Los coladores como este pintiano, de base plana y con varias perforaciones, pertenecientes al Hierro II, ya en época soteña eran comunes, como se puede comprobar, por ejemplo, en Simancas, aunque con las perforaciones muy estrechas (Quintana, 1993: 81, fig. 9, 2), en La Mota (García Alonso y Urteaga Artigas, 1985: 79, fig. 14, 11), en La Corona/El Pesadero (Misiego *et alii*, 2013: 239 y 309, fig. 50, 97/14/4854) o en El Castillo de Manzanal de Abajo (Escribano, 1990: 22, fig. 6, 2), en todos los casos interpretados como coladores porque morfológicamente son distintos de las seculares queseras, de paredes multiperforadas y que durante el Hierro I se siguieron fabricando, como se tienen constatadas, por citar sólo unos ejemplos, en Almenara de Adaja (Balado, 1989: 31-32, fig. 6, 359 y 414), en los niveles de ocupación de la aldea soteña de *Cauca* (Romero Carnicero, Romero Carnicero y Marcos Contreras, 1993: 234, fig. 5, A-1081; Blanco García, e. p.: fig. 2, 1, y tres más inéditos) o en la Fase 8 del poblado benaventano de Los Cuestos de la Estación, si bien en este último lugar cabe la posibilidad de que fuera un colador (Celis, 1993: 124, fig. 17, 2). Casi con toda seguridad en época soteña también se estuvieron fabricando coladores con la base no plana, sino redondeada, en la que se abrirían las perforaciones —de un tipo documentado por Wattenberg en Numancia y que precisamente lo interpretó como resultado de la expansión de las gentes del Soto de Medinilla hacia el alto Duero (Wattenberg Sanpere, 1963: 38, tabla I, 22)—, pero al no disponer de ninguna pieza completa que nos permita certificarlo, hemos de dejar en reserva esta posibilidad y, a lo sumo, pensar que quizá algunos fragmentos interpretados como fondos de queseras realmente pertenecieran a coladores de fondo redondeado.

De base plana multiperforada también pero con asa vertical, es el colador recuperado en la zona de La Aguilera, de Montealegre de Campos (Valladolid) (Heredero, 1993: 294, fig. 7, 5), por lo que en este caso se podría hablar de una taza colador (Figura 2, 2). Tiene un diámetro de boca de 14,3 cm y una altura de 8 cm, habiendo sido fechado de manera genérica en los siglos IV-III a. C.

En el caso de *Cauca*, y a pesar de que lamentablemente ningún colador se ha conservado completo, se puede decir que existieron de diversa morfología, como presumiblemente ocurriría en cualquier otro núcleo vacceo importante. A un tipo muy sencillo, con forma de cuenco seguramente hemisférico, parece pertenecer un fragmento procedente de la escombrera de Tierra de las Monedas I cuyo fondo se encuentra partido justamente por el círculo más externo de las perforaciones con las que contó (Figura 2, 3). Por el diámetro de dicho círculo y la inclinación de la pared, este colador sólo pudo tener tres o cuatro círculos concéntricos de perforaciones, más entre una y tres perforaciones centrales.

Distinto desde el punto de vista formal es el fragmento de colador recuperado en el estrato XI de la excavación Tierra de las Monedas I (Figura 2, 4). Se trata de una forma

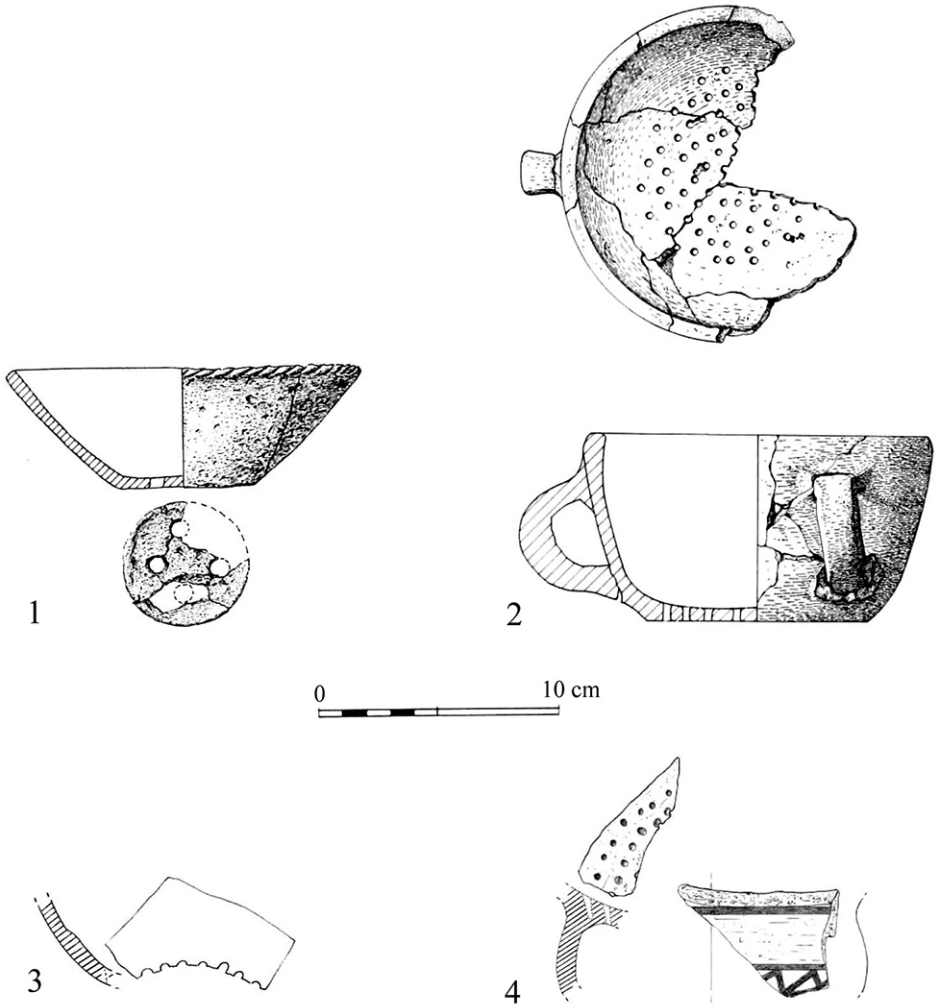

Figura 2. Coladores. 1, de la sepultura 75 de la necrópolis de Las Ruedas (Sanz Mínguez *et alii*, 2003); 2, de La Aguilera, Montealegre de Campos (Heredero, 1993); 3, de la escombrera de Tierra de las Monedas I, de *Cauca* (inédito); 4, del estrato XI de la excavación Tierra de las Monedas I, de *Cauca* (inédito).

cerámica de cierta singularidad al ser compuesta, pues consta del fondo del cuenco propiamente dicho, en el que se sitúan las perforaciones dispuestas en tres círculos concéntricos —pero que hubo de tener seis y curiosamente algunas de las que se han conservado no llegan a calar completamente la pared, con lo que la efectividad de las mismas era nula—, y una especie de peana globular achatada que parece diseñada para encajar en la boca del recipiente al cual iría a parar el líquido colado. Estuvo decorado en su superficie

externa mediante un diseño geométrico pintado en negro. Mientras del tipo de colador anterior se pueden aducir paralelos celtibéricos e ibéricos, de este segundo no conocemos ninguno. En cualquier caso, ambos están fabricados a torno, fueron cocidos en atmósferas oxidantes y, por sus respectivos contextos, son de cronología avanzada, de los siglos II-I a. C. No obstante, y como es fácil suponer, los coladores en *Cauca* se tienen constatados desde mucho antes: en el Almacén 2 del alfar vacceo, fechado en la primera mitad del siglo III a. C., como se recordará, se halló un fragmento de base umbilicada hecha a torno con numerosas perforaciones (CO18/HV/Al 2/III).

No queremos cerrar el apartado de los coladores caucenses sin referirnos a cierta pieza incompleta que fue recuperada entre los materiales de la fase de ocupación VII de las registradas en el solar de la ampliación del I.E.S. de Coca (Balado, Centeno y Marcos, 2008: 126, lám. V, 1059/2), e interpretada como tal por sus excavadores, pero que por sus peculiaridades morfológicas parece más que probable que se trate de un fragmento de clepsidra (Figura 3, 1). Realizada a torno y cocida en atmósfera oxidante, de ella sólo se conserva la zona más baja, pero sin llegar a cerrar en su centro, lo cual no impide que se intuya un cerramiento convexo, prolongación natural de la pared. Contrariamente a los coladores habituales, que son formas abiertas para poder recoger con comodidad el líquido a filtrar, este fragmento muestra un perfil cerrado y un cuerpo globular achatado cuya zona alta de la pared es excesivamente gruesa. Con estas singulares características, creemos que no puede tratarse de un colador. En el repertorio de coladores peninsulares no hay nada que se le parezca. Por tanto, hubo de pertenecer casi con total seguridad a una clepsidra, máxime cuando en la memoria de la referida excavación se dice expresamente que de este fondo horadado "*…podría formar parte también el fragmento 1059/3 correspondiente a un alto cuello vertical y recto*" (Balado, Centeno y Marcos, 2008: 126), lo que nos invita a pensar, entre otras clepsidras, en el tipo documentado en el depósito votivo de Garvão, referida como *aspergillus* (Beirão *et alii*, *1985*: 81-82, fig. 29, 60; *Id.*, 1985-86: 212, fig. 4; Pereira, 2006: 97-98, lám. III) (Figura 3, 2). Frente a los 7,2 cm de diámetro máximo que tiene la alcachofa de la pieza portuguesa y sus 15,8 cm de altura, la caucense tiene una alcachofa algo mayor, de 10 cm de diámetro máximo y, de mantenerse las proporciones y pertenecer al mismo tipo, su altura sería de unos 19/20 cm, lo cual quizá sea algo excesiva. Evidentemente, existen otros tipos de clepsidra con los que se podría poner en relación la caucense. Por ejemplo, podría haber tenido un cuello más corto, similar al que presenta la de la colección Durán/Vall-Llosera, conservada en el Museo Arqueológico Nacional (Pereira, 2006: 98, fig. 5, 3). Clepsidra, por cierto, cuya alcachofa se acerca al diámetro máximo que tiene la caucense, ya que posee 9,3 cm.

Por otra parte, conviene señalar algunos aspectos más de tan singular pieza, fechada hacia finales del siglo II a. C., así como de su contexto. En primer lugar, que es de una excelente calidad técnica, ya que tiene la superficie externa muy bien bruñida y está cubierta de esa especie de engobe muy diluido que muestran los vasos vacceos de más calidad. En segundo lugar, es de notar cómo antes de realizar el círculo de perforaciones más exterior se

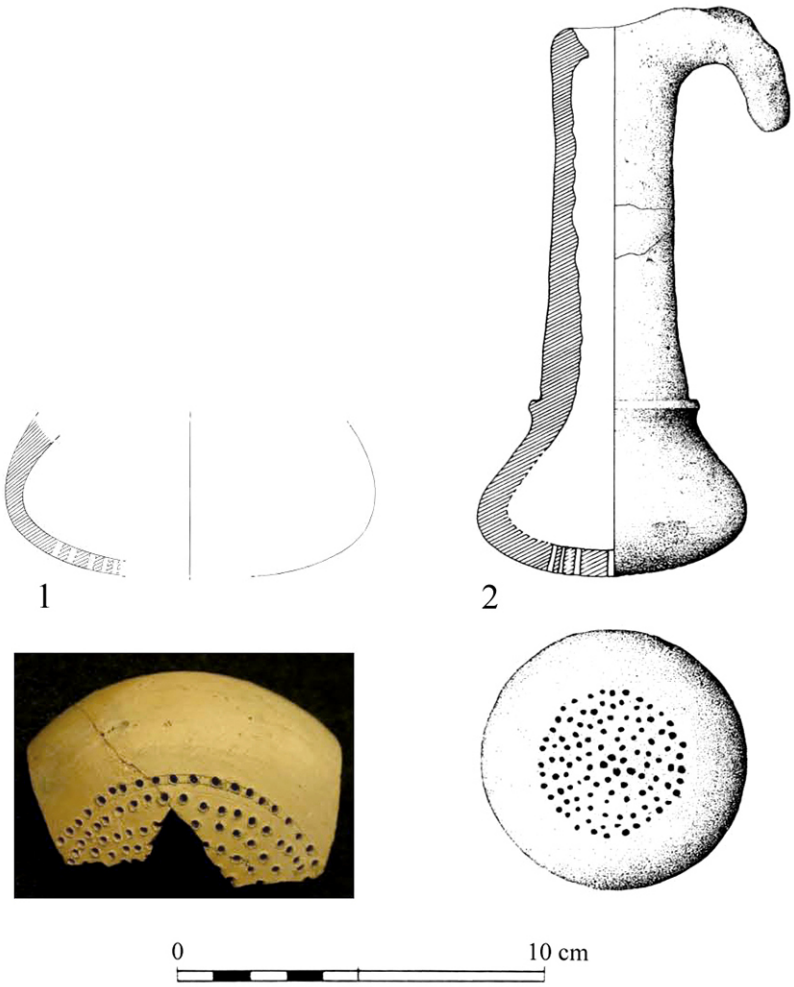

Figura 3. Fragmento del fondo de una posible clepsidra procedente de la excavación Ampliación del I.E.S. de Coca (Balado, Centeno y Marcos, 2008), en comparación con la del depósito votivo de Garvão (Beirão *et alii*, *1985*) (foto, J. F. Blanco).

trazaron a compás, desde el fondo externo, líneas concéntricas que habrían de servir de guía para disponer aquéllas en series regulares, pues están practicadas de fuera del vaso hacia dentro. En este caso se pueden estimar en seis o siete los círculos concéntricos de perforaciones, y de nuevo suponemos que tendría entre una y tres en el centro, aunque no necesariamente. En tercer lugar, recordar cómo las clepsidras ya formaban parte de las actividades de carácter ritual de las poblaciones prerromanas de las campiñas meridionales del Duero desde, al menos, el siglo V a. C., como demuestra cierta pieza completa hallada

entre los muros de un edificio cuellarano interpretado como posible santuario (Barrio Martín, 2002: 94-96, fig. 11; Blanco García y Barrio Martín, 2010: 36, fig. 1). Finalmente, y en relación con esto último, nos parece de capital importancia decir que el fragmento caucense se halló en una vivienda en cuyo suelo se habían practicado dos inhumaciones parciales de ovicaprinos adultos, uno de ellos una hembra asociada a los restos de un feto (Balado, Centeno y Marcos, 2008: 162-164), lo que nos conduce a pensar en posibles ritos de carácter fundacional con los que quizá tuviera algo que ver la clepsidra.

Retomando el asunto de las queseras del tipo de las que habitualmente se fabricaron en el Calcolítico y la Edad del Bronce, pero que siguieron estándolo durante el Hierro Antiguo, caracterizadas por disponer de múltiples perforaciones en todo su perímetro, no queremos dejar pasar la ocasión de referirnos a un fragmento de nuevo caucense, hecho a torno y todo él repleto de horadaciones, recuperado en la U.E. 114 de la campaña de excavación de 1999 practicada en Los Azafranales. Los coladores que hemos descrito en los párrafos anteriores siempre tienen las perforaciones localizadas en el fondo del vaso, lógicamente, pero este fragmento, y a juzgar por la orientación de las huellas del torno, las tiene situadas en una zona demasiado alta del vaso, con lo que o bien dispuso de un número inusual de círculos concéntricos de perforaciones o bien la mayor parte de su pared estuvo horadada, a semejanza de las seculares queseras. Desconocemos por completo el proceso de fabricación del queso por parte de los vacceos del Hierro II, pero es muy probable que además de disponer de moldes de madera, de fibra vegetal o incluso textil, que por razones obvias no se han conservado, usaran, como sus ancestros soteños, algunos de barro, y de ahí el no poder concretar ante este fragmento si pertenece a un colador o a una quesera. Si bien las queseras hechas a mano desaparecen hacia finales del siglo V a. C. o comienzos del IV, no sería extraño que, a resultas del peso de la tradición, se hubiera fabricado alguna a torno dentro ya del Hierro II. Lo único que no acompaña a esta idea es por qué hasta ahora en ningún yacimiento vacceo, celtibérico o vettón ha aparecido alguna pieza completa o casi completa.

Como se ha podido ver, con los coladores hemos preferido, por el momento, no construir una tabla tipológica. Esto se debe a que los materiales disponibles son escasos y la mitad de ellos fragmentarios. Cierto es que los comentados responden a cuatro modelos bien diferenciados, como son el cuenco troncocónico, la taza, el cuenco seguramente hemisférico y una forma compuesta, pero solamente los dos primeros son formas completas.

3. Ralladores

Con los ralladores sí procede ordenarlos por tipos, pues aunque no son muy numerosos en los yacimientos vacceos —concentrados, además, en sólo seis—, el hecho de que muchos de ellos se conserven completos o casi completos nos permite elaborar una tabla de referencia. Todos los ejemplares conocidos se pueden clasificar en alguno de los cuatro tipos que hemos establecido: tabulares (*Cauca,* Tiedra), con forma de cuenco sencillo (Simancas, Sieteiglesias y necrópolis de Las Ruedas, de *Pintia*), de cuenco trípode (Las Ruedas, de nuevo) y de copa (necrópolis de *Pallantia*/Palenzuela).

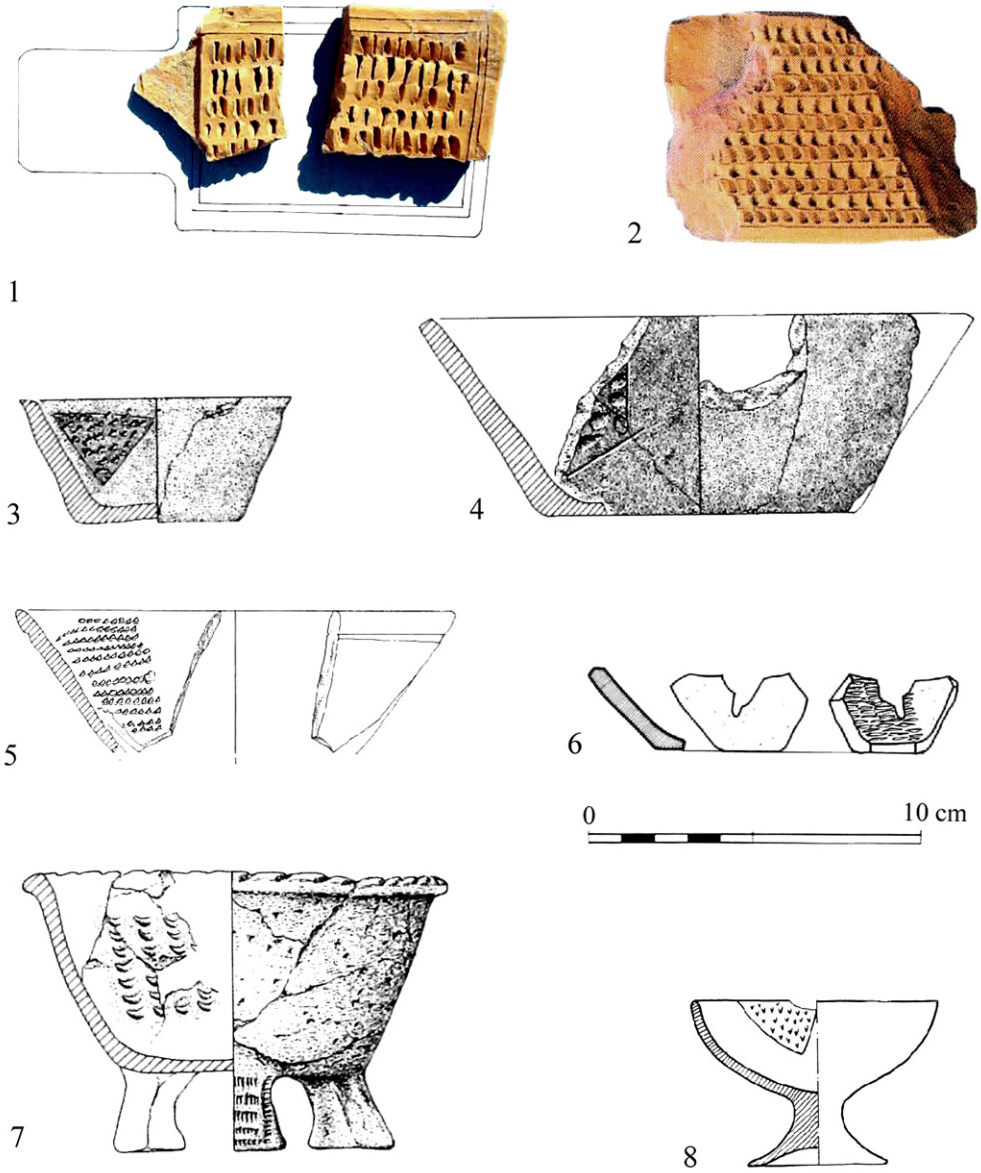

Figura 4. Tipos de rallador. 1 y 2, tabulares (*Tipo 1*), de *Cauca* (foto, J. F. Blanco) y La Ermita de Tiedra (Sanz Mínguez y Sobrino González, 2013), respectivamente; 3, 4, 5 y 6, cuencos troncocónicos (*Tipo 2*), de la necrópolis de Las Ruedas los dos primeros (Sanz Mínguez, 1997), de Sieteiglesias el tercero (Bellido y Cruz, 1993) y de los cenizales de Simancas el último (Wattenberg Sanpere, 1978); 7, cuenco trípode (*Tipo 3*), de la tumba 75 de Las Ruedas (Sanz Mínguez *et alii*, 2003); 8, copa (*Tipo 4*), de la necrópolis de *Pallantia*/Palenzuela (Castro, 1971).

— *Tipo 1*. Rallador tabular, del que únicamente conocemos dos ejemplares, uno procedente de *Cauca* (Figura 4, 1) y el otro del cerro de La Ermita de Tiedra (Figura 4, 2). Del primero de ellos se conservan dos fragmentos, aunque no llegan a contactar entre si, por lo que desconocemos cuántos centímetros tendría de longitud y cuántos de anchura. Su grosor medio (pues varía un poco de una zona a otra) está en torno a 1,2 cm y parece muy probable que tuviera asidero, ya que del centro de uno de los lados cortos surge un apéndice que bien pudiera haber servido para sujetar el objeto mientras se usaba. Se fabricó con una masa arcillosa muy depurada y similar a la que habitualmente se utiliza para fabricar objetos cerámicos singulares tales como las cajitas excisas, los sonajeros o las figuras zoomorfas; es de color anaranjado-amarillento al estar cocido en atmósfera oxidante y mientras en la superficie útil se han conservado cinco hileras de impresiones alargadas de bordes aristados enmarcadas por una doble línea incisa perimetral, la opuesta es completamente lisa.

El ejemplar del cerro de La Ermita de Tiedra también se conserva fragmentado, ya que está partido en sus dos lados cortos, es más grueso que el caucense, está fabricado en la característica pasta que distingue a los objetos singulares vacceos y en su superficie útil se pueden contar doce hileras de muescas a lo largo del eje longitudinal, dispuestas de una manera bastante más regular que el ejemplar caucense, entre líneas guía (Sanz Mínguez y Sobrino González, 2013: 30, foto sup., 4). Desconocemos tanto sus características métricas como las circunstancias en las que se ha hallado, si es de excavación o de prospección.

No conocemos en el ámbito cultural vacceo ningún rallador más de cerámica como estos dos. Lo único que se les acerca, en cuanto a que también se trata de una superficie plana en la que se han practicado profundas muescas de bordes aristados dispuestas en varias líneas, son algunos de los denominados pies votivos, que aparecen tanto en poblados —*Rauda*, por ejemplo (Sacristán, 1986: 204-206, lám. LXX, 1-3)—, como en necrópolis —Las Ruedas, por ejemplo (Sanz Mínguez, 1997: 175, fig. 170)—. Al tiempo que podrían querer imitar el dispositivo de agarre al suelo del calzado, interpretación que a más de un autor le resulta poco convincente, puede que hubieran sido usados como ralladores, si bien no sabemos si de productos alimentarios o, como algún autor ha sugerido, uniendo la lógica de forma (pie) y función (raspar), de las durezas de los pies (*Id.*, 1997: 175 y 330-333, fig. 170).

Y no sólo no hallamos referentes de los ralladores tabulares de *Cauca* y Tiedra en el resto de los yacimientos vacceos, sino tampoco en las regiones del alto Duero o en las mediterráneas del oriente y sur peninsular. Los más parecidos desde el punto de vista morfo-funcional, y que además se constatan por un amplio territorio, son ya metálicos. En el ámbito céltico peninsular contamos con algunos ejemplos, como el recuperado en la necrópolis de Viñas de Portuguí (Osma, Soria), que se conserva en el Museo Arqueológico de Barcelona (Schüle, 1969: taf. 63, 8); el hallado en la Cata I de la necrópolis alcarreña de Prados Redondos, fabricado en bronce (Fernández-Galiano, Valiente y Pérez, 1982: 13, fig. 10, 2) y datable quizá en el siglo IV a. C.; o el recuperado en el enterramiento 11 de la necrópolis de El Castillo (Castejón, Navarra), fechado entre la segunda mitad del siglo IV a. C. y el III a. C. (Faro, 2015: 70, figs. 62 y 63). En territorio ibérico son de destacar el fragmento de rallador

de hierro exhumado en los niveles del Ibérico Pleno del poblado del Puig de Sant Andreu (Ullastret, Gerona) que, por el contexto en el que apareció y siguiendo las interpretaciones realizadas para piezas similares francesas, ha sido puesto en relación con el rallado de plantas y semillas para aromatizar el vino (Buxó *et alii*, 2010: 90-91, fig. 8, 2); los dos fragmentos de un mismo rallador, fabricado igualmente en hierro, de Gerona también, de Mas Castellar de Pontós en concreto (Graells, 2005: 236, fig. 1); dos fragmentos también pertenecientes a un mismo rallador recuperado en el Nivel IV de Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia), la antigua *Kelin*, fechado en el siglo III a. C. (Mata, 1991: 172 y 194, fig. 91, 27); otros dos fragmentos tal vez de dos ralladores distintos, ambos de bronce, recuperados en La Serreta (Alcoi, Alicante) (Graells, 2005: 236, fig. 2); un fragmento se recuperó en la sepultura 200 de El Cigarralejo (Mula, Murcia) (Cuadrado, 1987: 371, 143); en El Oral (San Fulgencio, Alicante) son varios los fragmentos de ralladores obtenidos en las excavaciones (Abad y Sala, 1993: 230, fig. 170, 11), y la lista podría seguir con varias piezas más, pero no creemos que sea necesario. Únicamente, y ya que más arriba hemos citado ralladores franceses, decir que uno de los más representativos, de bronce también, es el recuperado en Pech Maho, entre fragmentos de ánforas vinarias fechadas hacia finales del siglo III a. C. (Curé, 2010: 196, fig. 7). Todo esto viene a significar, en definitiva, lo extendidos que estaban por el mundo ibérico los ralladores, aunque de hierro y bronce más que de cerámica, sobre todo durante el Ibérico Pleno.

— *Tipo 2* (Figura 4, 3-6). Son los ralladores con forma de cuenco, generalmente troncocónico pero a veces de cuarto de esfera. Aun no siendo muy abundantes en el mundo vacceo, sí se tienen constatados desde hace décadas tanto en ambientes domésticos como funerarios, si bien son más corrientes en los primeros que en los segundos, lógicamente, tal como ocurre en el ámbito celtibérico (Wattenberg Sanpere, 1963: 43 y 171, tabla XVIII, 468.472; Romero Carnicero, 1991: 105, fig. 31, 92; Díaz Díaz, 1976: 462-463, fig. 18, 8). Empezando por los primeros, ya en 1978 F. Wattenberg dio a conocer, de sus excavaciones en los cenizales de Simancas, un fragmento de fondo plano, de 10 cm de diámetro, perteneciente a un cuenco troncocónico hecho a mano que presentaba profundas incisiones localizadas sólo en un sector de la superficie interna (Wattenberg Sanpere, 1978: 163, 46, fig. IXb, 46, y 169), y que puso en relación con el rallado de queso (Figura 4, 6). Por los materiales con los que apareció este rallador, y aunque Wattenberg creyó ver en ellos dos momentos representados (*Id.*, 1978: 169), pero el más moderno de los cuales (s. I a. C.) nosotros no vemos nada claro, nos inclinamos a pensar que la pieza en cuestión hubo de pertenecer al siglo III a. C. o incluso podría remontar al IV a. C.

Un segundo ejemplar de rallador de este tipo se recuperó durante las prospecciones realizadas en el poblado de Sieteiglesias (Matapozuelos, Valladolid), si bien está fabricado a torno, es de mayores dimensiones que el anteriormente referido y del mismo no se conserva la base (Bellido y Cruz, 1993: 274, fig. 6, 3), aunque por simples razones de estabilidad durante su uso y por los paralelos que se conocen, es de suponer que fuera plana (Figura 4, 5). Tiene 13,4 cm de diámetro de boca, el borde externo aparece recorrido por una ancha acanaladura y las profundas impresiones triangulares que constituyen la parte activa del útil se

disponen en doce líneas de irregular horizontalidad y longitud, cubriendo sólo un pequeño sector de la superficie interna, como es habitual. En virtud de las similitudes que presenta con ralladores riojanos y navarros, y atendiendo también al intenso color rojizo de la pasta, Bellido y Cruz (1993: 274) lo interpretaron como posible importación de aquellas zonas del valle del Ebro. Sin embargo, no debemos perder de vista, por un lado, que es un tipo de rallador documentado en otros yacimientos vacceos desde época antigua; por otro, que en algunas ciudades vacceas, como en Montealegre de Campos, por ejemplo, las pastas de gran parte de los recipientes oxidantes no presentan las habituales tonalidades ocres a marrones claras, sino intensamente rojizas; y en tercer lugar, que una de las características más destacadas de muchas de las cerámicas vacceas oxidantes que se produjeron en su última fase, aquella que discurre entre mediados del siglo I a. C. y mediados del I d. C., es la proliferación de las pastas de color rojo intenso (Blanco García, 2015a: 456, figs. 19, 24 y 25). En consecuencia, lo más probable es que este rallador vallisoletano sea una producción vaccea, quizá no local, pero vaccea a fin de cuentas. Con el enorme potencial que tuvo la alfarería vaccea nos resulta difícil creer que se importara del valle del Ebro un tipo de útil tan corriente como es el cuenco rallador.

Si pasamos ahora a los ambientes funerarios, entre los materiales recuperados en posición secundaria en la necrópolis de Las Ruedas hay dos cuencos troncocónicos similares al ejemplar de Sieteiglesias arriba referido, que presentan impresiones a punta de navaja concentradas de manera abigarrada en cierta parte de la superficie interior, en ambos casos delimitadas por incisiones que en uno de ellos describen un triángulo (Sanz Mínguez, 1997: 147 y 275, fig. 149, 127 y fig. 209, 37) y en el otro lo desconocemos al ser sólo una pequeña parte la que se ha conservado (*Id.*, 1997: 147 y 275, fig. 149, 124). El primero de ellos tiene 8 cm de diámetro de boca y 3,6 cm de altura (Figura 4, 3), mientras el segundo, bastante mayor, 16,7 cm de diámetro de boca y 6 cm de altura (Figura 4, 4). A estos dos ralladores quizá haya que sumar un tercero de cuya superficie erizada de impresiones sólo se ha conservado la parte inferior (*Id.*, 1997: 147, fig. 149, 126). Cabe la posibilidad de que alguno de estos cuencos, y también el de Sieteiglesias, contasen no con una única zona para rallar en la superficie interna, sino con varias, tal como se constata en algunos yacimientos del valle del Ebro en los que han aparecido en un mismo cuenco hasta tres y cuatro zonas con muescas (Castiella, 1977: 310; Marcos Pous, 1979: 217), pero al no conservarse más que fragmentos, por ahora no lo podemos confirmar.

Todo parece indicar que los ralladores vacceos con forma de cuenco sencillo, fabricados a torno, siguen modelos celtibéricos, siendo muy probable que llegasen al centro del Duero durante el proceso de celtiberización, si bien es en los siglos II y I a. C. cuando de manera más habitual aparecen en los yacimientos. Los ralladores celtibéricos de este tipo, concretamente los hallados en Numancia, se conocen desde principios del pasado siglo, aunque inicialmente no fueran identificados como tales (Taracena, 1924: 18, fig. 4), siendo F. Wattenberg el primero en reunir todos los ejemplares recuperados en este yacimiento, quien aportó la consideración de que, además de servir para rallar, se pudieron haber usado también para hacer gachas (Wattenberg Sanpere, 1963: 43 y 171, tabla XVIII, 468.472).

— *Tipo 3* (Figura 4, 7). Representa el rallador con forma de cuenco trípode, del que en la tumba 75 de Las Ruedas, fechada *grosso modo* en el siglo II a. C., se recuperó el único ejemplar hasta ahora conocido (Sanz Mínguez *et alii*, 2003: 178, fig. 3, R y Cat., 289). Está fabricado a mano y en su superficie interior se disponen cuatro columnas de impresiones triangulares que servirían para rallar materias vegetales semiduras, queso, etc. Es de tamaño pequeño, pues tiene 13 cm de diámetro de boca y 9,3 cm de altura. Sobre este modelo de rallador, resulta un poco extraño el hecho de que en él se haya llevado a cabo un proceso de rallado que exige el ejercicio de cierta presión por parte del usuario en un recipiente que por su condición de elevarse sobre tres patas pegadas a la base no deja de suponer un alto riesgo de rotura de las mismas.

— *Tipo 4* (Figura 4, 8). Es un rallador del que también conocemos un único ejemplar, que afortunadamente se conserva completo, por lo que tiene carácter de prototípico. Recuperado en la necrópolis de *Pallantia*/Palenzuela, lo dio a conocer Lázaro de Castro (1971: 19 y 40, lám. VI, 18 y lám. XIX, 18) pero no lo identificó como rallador, sino como copa, e interpretó la zona preparada para rallar como decoración. El caso es que se trata de una pequeña copa de cuerpo hemisférico sobre esbelto pie, hecha a mano, de barro anaranjado, que tiene 7,5 cm de diámetro de boca y 4,5 cm de altura, que muestra en una pequeña zona de la parte alta de su superficie interna un triángulo inciso relleno mediante impresiones apuntadas. De Castro lo fechó en el siglo III a. C. y, tal como viéramos en Las Ruedas, encontramos la parte activa del utensilio delimitada por incisiones. Aunque hemos comenzado diciendo que de este tipo de rallador sólo se conoce el ejemplar descrito, es de suponer que más de un borde de esta morfología haya sido clasificado como copa cuando en realidad fue una copa-rallador.

En resumen, podemos decir que los ralladores tabulares de cerámica son una auténtica rareza en el mundo vacceo —así como en el celtibérico y en el ibérico—, y que los ralladores cuenco, tengan la base plana o sobre tres patas, tienen ubicado el dispositivo para rallar (impresiones aristadas) en una pequeña zona de la superficie interna que afecta a no más del 20% del perímetro de la misma, dispuesta bien en filas (doce en Sieteiglesias), bien en columnas (Las Ruedas), bien de forma indiscriminada en un campo cerrado por varias líneas incisas (Las Ruedas).

Que nosotros sepamos, hasta ahora no se ha hecho ningún análisis de laboratorio de los ralladores vacceos para ver qué tipo de materias se procesaban en ellos. De los recuperados en superficie o fuera de contexto esta hubiera sido una tarea totalmente infructuosa, pero de los procedentes de excavación puede que en el interior de las profundas impresiones hubiesen quedado restos de la última materia que se ralló, que desaparecería al ser lavados durante el proceso de limpieza de los materiales. A pesar de ello, es de suponer que fueran materias tales como raíces, bulbos, tubérculos, semillas, tallos, hongos o frutos secos, cuya ralladura fuera usada para condimentar diversos tipos de alimentos e incluso para aromatizar el vino, algo que era muy habitual en el mundo antiguo y que quizá también lo fuese en el vacceo a partir de cierto momento. Gracias a Homero, por ejemplo, sabemos que en su época era muy común mezclar el vino, además de con agua o miel, con queso rallado o

con sustancias aromáticas y psicotrópicas (*Iliada*, XI, 629-641), y en algunas tumbas aristocráticas griegas y etruscas se han constatado ralladores metálicos asociados a objetos propios del banquete (*vid.* Górriz Gañán, 2010: 240). Al hilo de todo esto, conviene recordar que los análisis de residuos realizados a un *kernos* de la sepultura 50 de Las Ruedas (Sanz Mínguez, 1997: 121-122, fig. 119) dieron como resultado la presencia de hiosciamina, una sustancia alcaloide obtenida de las solanáceas que posee propiedades alucinógenas y se mezcló con cerveza, pues también se ha podido constatar su presencia (Juan y Matamala, 2003: 319, tabla 2, 76).

Para el mundo vacceo, si bien los análisis paleocarpológicos aún son insuficientes, algunas de las materias referidas en el párrafo anterior sí que están documentadas. Por ejemplo, tanto en el Cerro del Castillo (Montealegre de Campos) como en La Era Alta (Melgar de Abajo), se tiene constatada la zanahoria silvestre (Cubero, 1995: 377, 379 y fig. 2). Fuera de territorio vacceo, pero puede que en él también estuviera presente, en el singular edificio de La Mata (Campanario, Badajoz), perteneciente al Hierro I, se ha podido constatar la presencia con fines alimentarios de la remolacha, no se sabe si cultivada o silvestre (Duque *et alii*, 2010: 202), y en un estrato de la primera mitad del siglo V a. C. del Puig de Sant Andreu, en Ullastret, así como en estratos de los siglos VI y IV a. C. de Illa d´en Reixac, se tiene registrada la presencia de rabanillo (Buxó, 1997: 262, 266, 270 y 272), si bien en este último caso no hay pruebas que demuestren que fue consumido por el ser humano. Al hilo de estos productos subterráneos susceptibles de ser rallados, sobre si se usó el ajo con fines culinarios en época prerromana peninsular, puede que debamos dar una respuesta afirmativa, pero esto es algo de lo que por ahora hay pocos datos, y las sospechas derivan del hecho de que en el mundo del Mediterráneo oriental sí que era habitual desde hacía mucho tiempo (Tzedakis y Martlew, 1999; Gates, 2011: 280; Morrison, 2014: 206-209)[1].

En el banquete funerario realizado con motivo del enterramiento del *eques* de la tumba 75 de Las Ruedas sabemos que se consumió carne de ovicáprido, de ave y de conejo o liebre, por lo que puede que con la preparación de la misma tuviera que ver el rallador-trípode que formaba parte del conjunto de vasos depositados.

4. Embudos

El embudo constituye un tipo de objeto cuya morfología ha permanecido prácticamente sin variación alguna desde hace dos milenios y medio, así como la función para la que fue creado: trasvasar de un recipiente a otro todo tipo de líquidos y semilíquidos (agua, leche, vino, aceite, miel, grasas licuadas, la sangre de animales sacrificados, etc.). El embudo fabricado a torno llegó al territorio vacceo durante el proceso de celtiberización, como lo prueba el hecho de que se tenga constatado desde el siglo IV a. C. Sin embargo, será

[1] El ajo (*allium* sp.) se domesticó hacia el 5000 a. C. en las regiones de Asia central (Uzbekistán, Tajikistán, Turkmenistán) así como en el norte de Irán, Afganistán y Pakistán (Block, 2010: 5), pero en la prehistoria peninsular se encuentra muy mal documentado. Una excepción de cierta antigüedad la encontramos en el yacimiento alicantino de Cabezo Redondo (Villena), donde en un contexto del Bronce Medio-Tardío (1600-1300 a. C.) ya se tienen algunas evidencias (Rivera, Obón y Asensio, 1988: 325-326).

a partir de avanzado el siglo III a. C. cuando con mayor abundancia se registre en los yacimientos.

No obstante lo dicho, que el embudo llegase al centro del Duero durante el proceso de celtiberización no significa que en época anterior, soteña, no existiesen recipientes usados con función de embudo, aunque fabricados a mano: determinados cuencos troncocónicos con varias perforaciones en la base pudieron haber sido usados tanto de colador y/o quesera como de embudo. Uno de los mejores ejemplos, a pesar de estar fragmentado, lo encontramos en el poblado soteño zamorano de La Corona/El Pesadero, concretamente en la Fase Manganeses I (Misiego *et alii*, 2013: 239 y 309, fig. 50, 97/14/4854), fechado quizá en el siglo V a. C. Las perforaciones, de cierto grosor, se sitúan únicamente en la base, que es de tipo umbilicada.

Desde el punto de vista tecnológico, y al igual que los embudos celtibéricos, unos muestran haber sido fabricados de una sola pieza y otros en dos partes, que después se unieron. Por lo que a la morfología se refiere, se pueden distinguir cinco tipos de embudos vacceos:

— *Tipo 1* (Figura 5, 1). Es de cuerpo hemisférico cuya parte superior se prolonga, sin solución de continuidad, en un borde fuertemente vuelto al exterior. El ejemplar prototípico, aunque algo deformado por exceso de calor, procede del alfar vacceo de *Cauca*, con lo que cronológicamente se sitúa en la primera mitad del siglo III a. C., tiene 23,3 cm de diámetro de boca, 23,6 cm de altura y aparece decorado mediante dos frisos de semicírculos concéntricos contrapuestos y líneas horizontales, todo en pintura negra (Blanco García, 1998: fig. 4, 20).

— *Tipo 2* (Figura 5, 2). Semejante al anterior, el rasgo que le caracteriza es la destacada carena que marca el límite entre el cuerpo globular y el borde vuelto, con lo que a partir de la misma se define un cuello casi cilíndrico. La pieza que marca el tipo fue recuperada en el nivel I del Soto de Medinilla, tiene 15 cm de diámetro de boca, 16 cm de altura, se decoró con tan sólo tres líneas horizontales de pintura y se le estima una cronología de la segunda mitad del siglo I a. C. (Wattenberg García, 1978: 26, forma VIIA). A este tipo corresponde el embudo recuperado entre los objetos cerámicos de la denominada "estancia del banquete" de Las Quintanas-*Pintia*, fechada en época sertoriana (Romero Carnicero y Górriz Gañán, 2007: 111; Sanz Mínguez *et alii*, 2009: 44, 8).

— *Tipo 3* (Figura 5, 3). En este tipo el cuerpo adquiere forma de cuarto de esfera, pero lo más característico es su esbelto borde vuelto en suave curva a partir de una carena muy marcada. El ejemplar que representa este modelo se halló en *Rauda* (Sacristán, 1986: 175-176, fig. 14, 2, lám. LXXXIV, 4), una de las ciudades vacceas que más embudos ha dado, y aunque le falta el extremo de la piquera, posee 17,8 cm de diámetro de boca y unos 14,7 cm de altura.

— *Tipo 4* (Figura 5, 4). Tiene como principal característica la escasa altura del cuerpo, cuya parte superior termina en una leve carena a partir de la cual se desarrolla un borde suavemente vuelto. El ejemplar que tipifica este modelo procede, al igual que el 1, del alfar

vacceo de *Cauca*, con lo que ambos son de la misma cronología (Blanco García, 1991: 58-59, fig. 17, 44). Tiene 15,7 cm de diámetro de boca, 13,4 cm de altura y carece de decoración.

— *Tipo 5* (Figura 5, 5). Ya es un embudo de cuerpo troncocónico, generalmente también con carena en la parte alta, cuello apenas insinuado y el borde muy suavemente curvado hacia el exterior. El ejemplar que marca el tipo fue recuperado en El Soto de Medinilla, "…en la excavación realizada en la muralla céltica del poblado, a la que se encontraban adosadas las casas celtibéricas." (Wattenberg García, 1978: 26, forma VIIB). Tiene 15 cm de diámetro de boca, 16 cm de altura, se decoró con una línea continua de pintura en sentido helicoidal de piquera a borde.

A pesar de que varios de estos tipos estuvieron conviviendo, sobre todo desde avanzado el siglo III a. C., con los datos contextuales hoy disponibles podemos decir que se empezaron a fabricar antes los modelos de cuerpo globular sin carena, o con la carena muy suave, que los que la tienen muy marcada, y que los troncocónicos. Por otra parte, todos ellos se encuentran representados en la excelente colección numantina, hasta ahora la más numerosa y variada de la Meseta (Wattenberg Sanpere, 1963: 189-190, tabla XXIX, 813-827).

En el territorio vacceo los embudos se tienen constatados tanto en los espacios domésticos (El Soto de Medinilla, Las Quintanas-*Pintia*, *Rauda*, *Cauca*, etc.) como en los productivos (alfar de *Cauca*) y, aunque de manera puramente testimonial, en los funerarios (Las Ruedas de *Pintia*). En el primero de los ambientes referidos, que es, lógicamente, en el que en mayor número han aparecido, se tienen documentados tanto en el interior de viviendas como en basureros. Sólo en un caso, en la referida "estancia del banquete" de *Pintia*, podemos intuir que en ese momento el embudo recuperado estaba siendo usado en un contexto de consumo de vino (Romero Carnicero y Górriz Gañán, 2007; Sanz Mínguez *et alii*, 2009: 44, 8; Sanz Mínguez, Romero Carnicero y Górriz Gañán, 2010: 604, fig. 3, 8).

Por poner un ejemplo de espacios productivos, entre los restos del alfar de *Cauca*, fechados en momentos tempranos del siglo III a. C., se hallaron varios embudos, de diversa morfología, lisos unos y con decoración pintada otros (Blanco García, 1998) (Figura 5, 1 y 4). Esto significa que, como ocurre con los morteros, a lo largo de la Segunda Edad del Hierro estuvieron conviviendo diferentes tipos de embudo.

En las necrópolis lo más lógico es pensar que serían utilizados para alguna función en el contexto de los banquetes funerarios que en ellas se celebraban, pero son tan extremadamente infrecuentes que se puede decir que no formaban parte del equipo cerámico habitual que se movilizaba en tales ocasiones o que se amortizaba en la sepultura. En Las Ruedas, y la muestra de tumbas excavadas ya sobrepasa las trescientas, únicamente nos consta un fragmento de piquera (información que agradezco a C. Sanz), lo que resulta estadísticamente habitual en los cementerios meseteños. Baste fijarnos en la necrópolis vettona de La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila): de las 2.267 sepulturas excavadas, sólo una, la 550 de la Zona IV, rindió un embudo (Baquedano, 2016: 285).

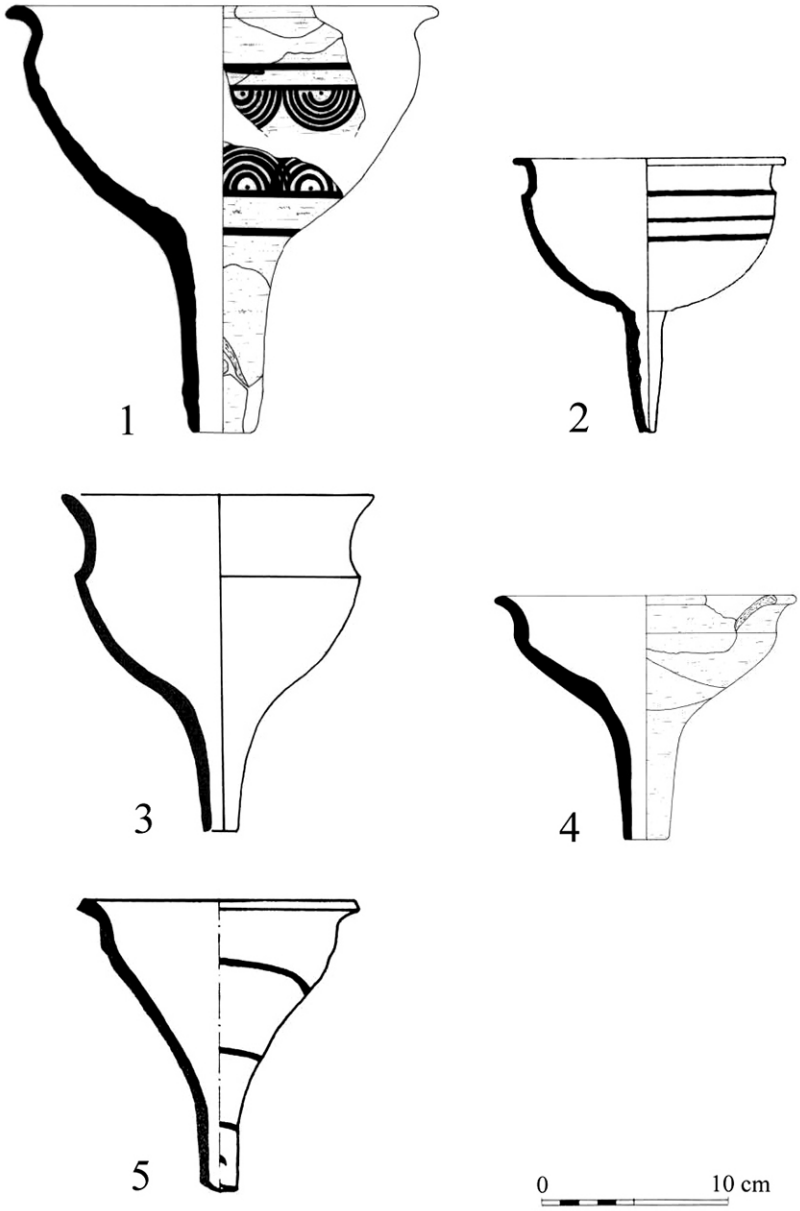

Figura 5. Tipos de embudo. *Tipo 1*, de cuerpo hemisférico y borde fuertemente vuelto al exterior (Blanco García, 1998); *Tipo 2*, de cuerpo hemisférico carenado (Wattenberg García, 1978); *Tipo 3*, de cuerpo con forma de cuarto de esfera, carena y borde apuntado (Sacristán, 1986); *Tipo 4*, de cuerpo bajo (Blanco García, 1991); *Tipo 5*, de cuerpo troncocónico (Wattenberg García, 1978).

5. Cucharas

Por ahora no tenemos constatadas las cucharas de barro en contextos domésticos vacceos. Sí en necrópolis y en yacimientos soteños: en la campaña de 1999 que realizamos en la aldea de la Primera Edad del Hierro de *Cauca* pudimos recuperar un fragmento no sabemos si de cuchara o de cucharón porque sus bordes habían sido recortados y del mango sólo se conservaba su inicio (Blanco García, e. p.: fig. 2, 2). Es, lógicamente, de la misma morfología que sus predecesores, del Calcolítico (Fabián, 2006: fig. 26, 8, fig. 51, 6, 8 y 9, fig. 92, 8; Baquedano *et alii*, 2000: 53-54, fig. 21, 8-10) y la Edad del Bronce (Caballero, Porres y Salazar, 1993: 99, fig. 15), pero a partir del siglo V a. C. prácticamente desaparece, tal como ocurrió con las queseras de múltiples perforaciones. Además de en cerámica, nos consta que en los poblados también soteños existieron cucharas de hueso, como hace años se pudo comprobar en Zorita (Valladolid), donde se recuperó una de ellas (Martín Valls y Delibes, 1978: 222, fig. 3, 14), de morfología secular porque en nada difieren de las neolíticas, calcolíticas y de la Edad del Bronce. Es de suponer que de madera también existirían, si bien no se han conservado, y esto mismo es lo que cabe pensar en lo que a las propiamente vacceas se refiere: que en su mayoría fueran de madera y no han llegado hasta nosotros. Pero que existieron cucharas de cerámica también, lo corrobora el hecho de que de la necrópolis de *Pallantia*/Palenzuela procede una, aunque con el asidero partido —de 6,9 cm de longitud máxima, de la que 4,9 cm corresponden al eje mayor de la cazoleta—, que Lázaro de Castro dio a conocer recién descubierto este cementerio (Castro, 1971: 23, 46, lám. XV, 46; *Id.*, 1972: 139, 42). Esta es la prueba que nos permite deducir que si está presente en contextos funerarios, también hubo de estarlo en los domésticos.

6. Cazos (*cyathi*, *simpula*)

Aunque por regla general los términos latinos *cyathus* y *simpulum* suelen usarse indistintamente para hacer referencia al cazo, y de hecho la mayor parte de los diccionarios de latín definen uno y otro con pocas variaciones, existe cierta proclividad —sobre todo por parte de los arqueólogos— a emplear el primero de ellos para designar aquellos que se han usado en ambientes propios de la vida doméstica cotidiana y reservar el segundo para los que fueron usados en ocasiones especiales tales como banquetes (funerarios o entre personajes de la élite), con consumo de bebidas alcohólicas, en la mayor parte de las ocasiones vino, pero también cerveza. De hecho, los más antiguos cazos que se tienen documentados en la Europa céltica (a partir de mediados del siglo VII a. C.) están en relación con el consumo de cerveza por parte de las élites, y sólo cuando se generaliza el consumo de vino es a éste al que los vemos prioritariamente ligados (Lucas, 2003-2004), en ambos casos, bebidas que se solían mezclar con otras sustancias, como han demostrado los análisis de laboratorio, también en el ámbito vacceo (Sanz Mínguez *et alii*, 2003: 155; Juan y Matamala, 2003: 319, tabla 2, 76).

Como era de esperar, la separación de contextos, domésticos y funerarios, no se ha traducido en diferencias morfológicas entre los cazos usados en uno y otro, ya que sirven para la misma función: trasvasar líquidos de un lugar a otro. Si acaso, determinadas

decoraciones simbólicas, como los remates en forma de prótomo de caballo del extremo de los mangos de unos cazos —p. ej., los de las necrópolis de *Pallantia*/Palenzuela (Martín Valls, 1990: 146-148 y 155, fig. 2, 4) y Las Ruedas (Sanz Mínguez, 1997: 175, 547 y 550, fig. 171, 547 y 550)—, o las decoraciones excisas de los mangos de otros —p. ej., el de cierto ejemplar de la necrópolis de Las Ruedas (Sanz Mínguez y Pedro, 2014: 11, fot. inf.)—, podrían estar más directamente relacionadas con la esfera de las prácticas mágico-religiosas, aunque no necesariamente. Para poder cimentar estas ideas necesitaríamos disponer de muestras numerosas de cazos procedentes tanto de necrópolis como de poblados pero lamentablemente en estos últimos apenas se tienen identificados, y esto se debe a dos causas. En primer lugar, las actividades de carácter ritual y la celebración de banquetes excepcionales están más extensamente documentadas en los cementerios que en los poblados. Y esto nos conduce a la segunda causa: celebrado el banquete funerario, los *simpula* utilizados se depositan cuidadosamente con el resto de las ofrendas en las sepulturas y en consecuencia es en las necrópolis donde se suelen conservar completos o casi completos, con su mango, aunque esté partido, mientras en los poblados, al estar más fragmentadas las cerámicas, esto resulta muy difícil, con lo que puede que algunos fragmentos de cazo hayan sido clasificados como pertenecientes a vasos, copas, cuencos, etc. En este sentido, podemos traer a colación dos ejemplos bastante clarificadores. El primero de ellos nos lleva a la escombrera de la Cruz de San Pelayo, en *Rauda*, donde se recuperó un apéndice seguramente rematado en cabeza de caballo que hubo de pertenecer a un cazo (Sacristán, 1986: 206, lám. LXX, 8). El segundo, al poblado que se sitúa en el Cerro de la Ermita, de Tiedra, del que procede un mango de *simpulum* completo que se desprendió del recipiente (Sanz Mínguez y Sobrino González, 2014: 30, foto sup., 7) y que de aparecer en un futuro fragmentos de éste, ya podemos adelantar que van a ser clasificados como pertenecientes a un cuenco, una copa…, lógicamente.

Hechas estas consideraciones, hay que decir que de nuevo es en contextos soteños avanzados, tanto cultuales como funerarios, donde nos constan las primeras evidencias de cazos, al menos las primeras reconocibles sin lugar a dudas. En la estructura cultual 24 del poblado zamorano de La Corona/El Pesadero, fechada en el siglo V a. C., se recuperó un *simpulum* (más que cuchara) de forma cónica, fabricado a mano, de 5,5 cm de altura y 6,6 cm de diámetro de boca, con el arranque del mango casi en vertical (Misiego *et alii*, 2013: 90, 219 y 241, lám. 29, fig. 49, 97/14/3270). Se estima que hacia esta misma cronología, pues se trata de un hallazgo suelto en contexto funerario, hay que situar un cazo troncocónico hecho a mano, de base plana y asa horizontal decorado con técnica incisa e impresa a peine, al igual que la superficie externa del vaso, recuperado en la necrópolis cuellarana de Las Erijuelas (Barrio Martín, 1988: 185-188 y 230, lám. 95, C-12 y 20) (Figura 6, 3). Tiene 7,6 cm de altura, 9,4 cm de diámetro de boca y asa de 4,6 cm de longitud. Puede que, como posteriormente veremos en las necrópolis de Las Ruedas y *Pallantia*/Palenzuela, por citar las dos más representativas, este *simpulum* segoviano hubiera sido utilizado con carácter ritual durante la celebración del funeral.

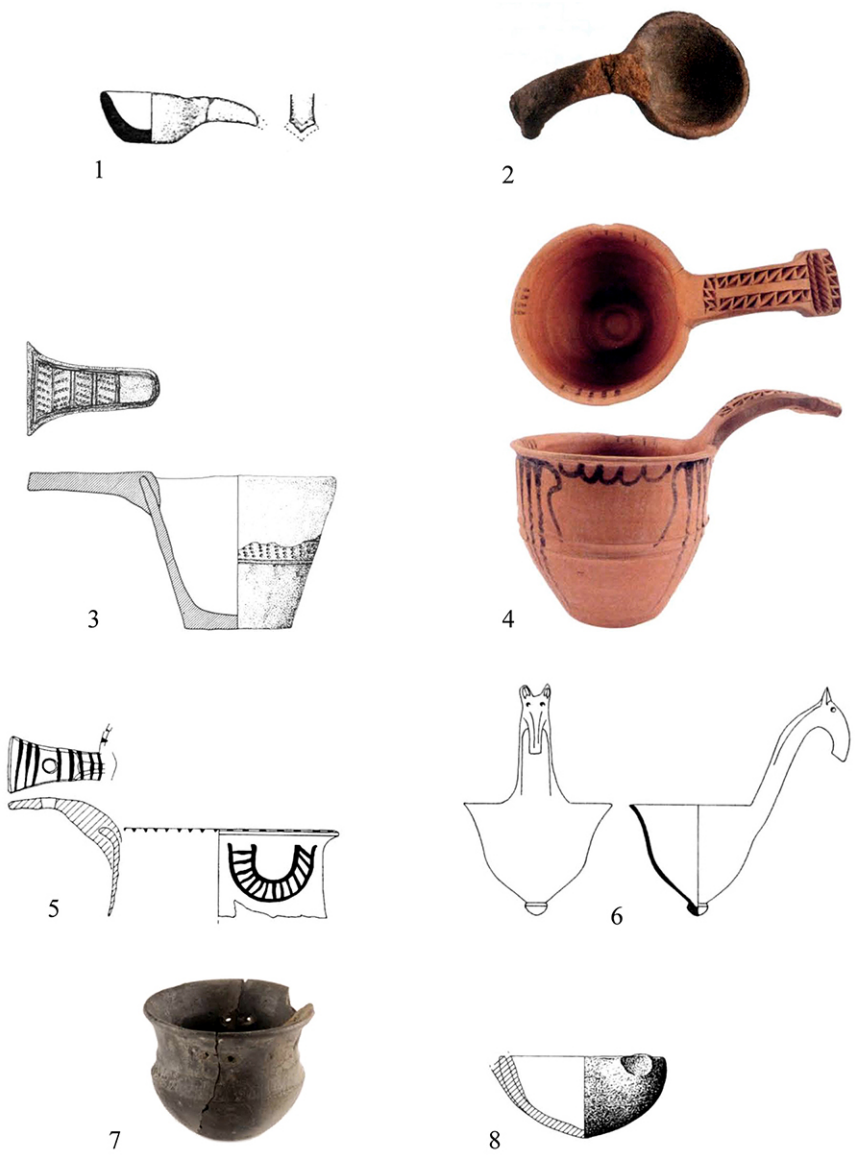

Figura 6. Tipos de cazo. 1 y 2, *Tipo 1*; 3-5, *Tipo 2*; 6, *Tipo 3*; 7, *Tipo 4*; 8, tipo indeterminado, quizá asimilable al 3 (a diferentes escalas). Procedencia: 1, sepultura 2 de la necrópolis de *Pallantia*/Palenzuela (Martín Valls, 1984); 2, sepultura 174 de la necrópolis de Las Ruedas (Sanz Mínguez y Romero Carnicero, 2009); 3, hallazgo suelto en la necrópolis de Las Erijuelas (Barrio Martín, 1988); 4, sepultura 263b de Las Ruedas (Sanz Mínguez y Pedro, 2014); 5, sepultura 42 de Las Ruedas (Sanz Mínguez, 1997); 6, sepultura 25 de la necrópolis de *Pallantia*/Palenzuela (Martín Valls, 1990); 7, de la "estancia del banquete" de *Pintia* (Romero Carnicero y Górriz Gañán, 2007); 8, hallazgo en posición secundaria de Las Ruedas (Sanz Mínguez, 1997).

Los cazos más numerosos, sin embargo, pertenecen ya a la Segunda Edad del Hierro, siendo en los cementerios, como se ha dicho, donde con más frecuencia aparecen, de lo que se deduce que serían utilizados, muy posiblemente, durante los banquetes funerarios, tras los cuales se amortizaban como parte del equipo que acompañaba las cenizas de los difuntos. En contextos domésticos, además del testimonio raudense arriba referido, quizá debamos considerar el recuperado en la "estancia del banquete" del poblado de Las Quintanas (*Pintia*), en la que, entre otros recipientes cerámicos, se recuperó un vasito caliciforme que a pesar de no tener mango, y este es el rasgo principal que define el concepto de cazo, ha sido interpretado como *cyathus* para servir vino (Romero Carnicero y Górriz Gañán, 2007: 112; Sanz Mínguez, Romero Carnicero y Górriz Gañán, 2010: 606, fig. 3, 7), tal vez por la semejanza morfológica que guarda con ciertos cazos numantinos de corto mango (Wattenberg Sanpere, 1963: 170, 444 y 445, tabla XVI, 444 y 445, lám. XI, 10), así como con el *simpulum* de plata del tesoro de Arrabalde I, que también carece de mango (Martín Valls, 1990: 149 y 155, fig. 3, 2).

El repertorio formal de cazos vacceos podría parecernos muy reducido, al individualizar únicamente cuatro tipos, de considerar, aunque con ciertas reservas, el *cyathus* pintiano al que nos acabamos de referir, pero comparado con el registrado en otros espacios culturales de la península Ibérica cabe incluso calificarlo de rico. En el área carpetana, por ejemplo, sólo nos constan los cazos de asa vertical —del que el mejor ejemplo procede de Plaza de Moros, en Villatobas (Urbina, 2000: lám. XIII (7) 44), y este es el único modelo que se recoge en el repertorio de cerámica ibérica que C. Mata y H. Bonet elaboraron para la zona ibérica levantina. Esos cuatro morfo-tipos de cazos vacceos son:

— *Tipo 1* (Figura 6, 1-2). Es el más sencillo, de menores dimensiones, está fabricado a mano y más que un cazo se asemeja a una cuchara: una pequeña cazoleta poco profunda con un corto mango. Son los recipientes con los que aparece lo que nos indica que se trata de *simpula* y no de simples cucharas. En la sepultura 2 de la necrópolis de *Pallantia*/Palenzuela hallamos un ejemplar de cazo de este tipo, fabricado a mano, de 4,6 cm de longitud máxima, que ha sido fechado en los siglos IV-III a. C. (Martín Valls, 1984: 38, fig. 12, 9) (Figura 6, 1). De mejor hechura es el recuperado en la sepultura 174 de la necrópolis pintiana de Las Ruedas (Figura 6, 2). Se trata de un pequeño cazo modelado a mano que apareció dentro de un *kernos*, fabricado también a mano, el cual tiene asa-cazoleta, pie troncocónico y presenta decoración incisa e impresa a peine (Sanz Mínguez y Romero Carnicero, 2009: 9, foto inf. de p. 12).

— *Tipo 2* (Figura 6, 3-5). Se caracteriza por tener un cuerpo profundo —de morfología sencilla o compuesta—, y un asa que parte del borde y se proyecta hacia el exterior en unos casos en horizontal, y en otros algo arqueada. El ejemplar de referencia se obtuvo en la sepultura 263b de Las Ruedas, está fabricado a torno, es de barro anaranjado, la decoración del vaso, de carácter geométrico, se ha realizado con pintura negra y el mango se engalanó con un esquema también geométrico pero mediante técnica excisa (Sanz Mínguez y Pedro, 2014: 11, fot. inf.) (Figura 6, 4). Sin salir de Las Ruedas, y aunque no conserva la mitad inferior, a este mismo tipo debe de pertenecer el cazo que se recuperó en 1986-1987

en la sepultura 42 (Sanz Mínguez, 1997: 106, fig. 101, D), de asa decorada con trazos de pintura transversales y perforación central para poder ser colgado (Figura 6, 5). Tiene un diámetro de boca de 14,1 cm y el asa, suavemente curvada, sobresale 5,5 cm. Considerando que la sepultura 263b se sitúa en la zona de enterramientos del siglo II a. C. y que la 42 está en la zona del siglo III a. C. (Sanz Mínguez y Pedro, 2015: 9), se puede deducir que este tipo de cazo se estuvo fabricando durante un periodo muy prolongado de tiempo. Lo corrobora el ejemplar de la necrópolis cuellarana de Las Erijuelas, fabricado a mano y decorado con peine, al que más arriba hemos hecho referencia (Figura 6, 3), que se fecha en el siglo V a. C. y que indudablemente es el antepasado de los dos *simpula* de Las Ruedas. Quizá a este mismo tipo pertenezca un tercer ejemplar, realizado a mano, del que por ahora sólo tenemos referencias escritas. Se trata de un *simpulum* de barro anaranjado que se ha recuperado en la sepultura 261 de la citada necrópolis (Sanz Mínguez y Pedro, 2014: 10).

Más seguridad tenemos de que a este tipo de cazo hubo de pertenecer el asa completo, de suave curvatura, recuperado en el Cerro de la Ermita de Tiedra (Valladolid) al que hemos aludido más arriba (Sanz Mínguez y Sobrino González, 2014: 30, foto sup., 7). Se encuentra partido justamente por la zona de contacto con el cuenco; su sección transversal presumiblemente es acintada; cada uno de los bordes longitudinales ha sido recortado en dobles curvaturas contrapuestas con un sentido puramente decorativo; y al igual que veíamos en el *simpulum* pintiano de la sepultura 42, en el ensanchamiento central se ha practicado una perforación que serviría para colgarlo mediante un cordel.

— *Tipo 3* (Figura 6, 6). Responde al clásico modelo de *simpulum* en el que el recipiente suele tener forma cónica, con suave carena, fondo apuntado a veces rematado en botón y el asa elevado en vertical para rematar en cabeza o prótomo de caballo, aquellos que son de cerámica, únicos que aquí nos interesan, y de bóvido los fabricados en metal. Como no podía ser de otro modo, el ejemplar que mejor representa el tipo es el hallado, dentro de una gran copa crateriforme, en la sepultura 25 de la necrópolis de *Pallantia*/Palenzuela (Martín Valls, 1990: 147 y 155, fig. 1, tipo III y fig. 2, 4), de cronología tardía, pues se situaría en los siglos II-I a. C.

Ya en 1971 Lázaro de Castro dio a conocer los primeros hallazgos de fragmentos de *simpula* de barro de este tipo en Palenzuela, aunque obtenidos fuera de contexto, como más arriba hemos indicado (Castro, 1971: 23, nn. 47, 48 y tal vez 49, lám. XV, 47, 48 y tal vez 49; *Id.*, 1972: 139, nn. 41, 45, 46 y tal vez 47). Con las excavaciones realizadas por Martín Valls durante la segunda mitad de los años setenta del pasado siglo y los inicios de los ochenta, se pudieron recuperar nuevos ejemplares, casi todos contextualizados ya. De las sepulturas 3, 25 y 34, así como de contexto desconocido en un caso, proceden cuatro de esos nuevos ejemplares (Martín Valls, 1990: 146-148 y 155, fig. 2, 4), todos de época muy avanzada, de los siglos II-I a. C., a la que cabe asignar también los dados a conocer por Lázaro de Castro, de considerar que los remates de los mangos adquieren —o apuntan— hacia formas de prótomo de caballo.

Este es el tipo de *simpulum* que se corresponde con la forma 6.4 de la tipología de la cerámica ibérica de C. Mata y H. Bonet (1992: 138, fig. 20, 6.4), a pesar de estar incompleto,

pero que por sus peculiaridades más fácil resulta poderlo identificar en los yacimientos. Así, regresando a la provincia de Palencia, cierto prótomo de caballo fabricado en barro anaranjado hallado en Vertavillo —seguramente en su necrópolis, aunque aún se desconozca su ubicación exacta—, y que perteneció a la colección Gaspar Gómez Guijas, hoy depositada en el Museo de Palencia (Abarquero Moras, 2014: 30 y 32 fot. sup. izq.), más que al asa de una cajita, como se ha sugerido, hubo de pertenecer al extremo del mango de un *simpulum*. Y en la necrópolis de Las Ruedas la recuperación de tres apéndices —dos de ellos con forma de prótomo de caballo—, en barro anaranjado, hacen más que probable que pertenecieran al extremo del mango de otros tantos *simpula* (Sanz Mínguez, 1997: 175, 547 y 550, fig. 171, 547 y 550; Sanz Mínguez y Blanco García, 2015: 62, 1.4.1 y 1.4.2). A estos ejemplares pintianos tal vez habría que añadir, pues no está fabricado a torno, sino a mano, un *simpulum* de barro anaranjado bien tamizado cuyo mango está partido, de 4,3 cm de altura y 8,7 cm de diámetro de boca, que se recuperó en un hoyo del Sector IIAF, en posición secundaria (Sanz Mínguez, 1997: 175, 548, fig. 171, 548) (Figura 6, 8).

— *Tipo 4* (Figura 6, 7). Es el que más dudas nos genera en cuanto a si debe ser interpretado como *cyathus* o no, como más arriba hemos manifestado, habida cuenta que el único ejemplar que podría designar el tipo es un sencillo vasito caliciforme hecho a torno, de base plana, que procede de la bautizada como "estancia del banquete" de *Pintia* (Romero Carnicero y Górriz Gañán, 2007: 112; Sanz Mínguez, Romero Carnicero y Górriz Gañán, 2010: 606, fig. 3, 7; Romero Carnicero *et alii*, 2012: 622, fig. 3, 5). Pertenece a una especialidad cerámica muy característica de este yacimiento que tiene como señas de identidad el estar fabricada en pasta negra, tener las superficies bien bruñidas, hasta el punto de que se llegan a borrar las huellas del torneado, y mostrar una decoración bruñida también (Sanz Mínguez *et alii*, 2010; Romero Carnicero *et alii*, 2012). Los análisis han demostrado que se usó para servir vino en un contexto de banquete aristocrático, lo que explica que haya sido interpretado como *cyathus*. Considerando la escala que acompaña a la figura 3 de la última obra referenciada, sus medidas aproximadas serían: 8,5 cm de diámetro de boca y 7,1 cm de altura.

7. Cajas

Al margen del valor simbólico que tuvieron las cajitas de cerámica para los vacceos, y no tenemos más que pensar en lo frecuentes que son en numerosas sepulturas de la necrópolis pintiana de Las Ruedas, donde ya se han recuperado más de centenar y medio, el hallazgo de muchas de ellas en medios habitacionales implica que también cumplieron diversas funciones en su vida doméstica y culinaria, razón por la que en este trabajo nos interesan. Sin embargo, a diferencia de los tipos de utensilios tratados anteriormente, con las cajas no vamos a entrar en cuestiones tipológicas porque recientemente lo han hecho, y con mucho detalle, C. Sanz, J. M. Carrascal y E. Rodríguez (2014: 202-206, fig. 2A; *Id.*, 2017: 22-26). Únicamente les dedicaremos unas palabras referidas a los aspectos funcionales que siempre han suscitado.

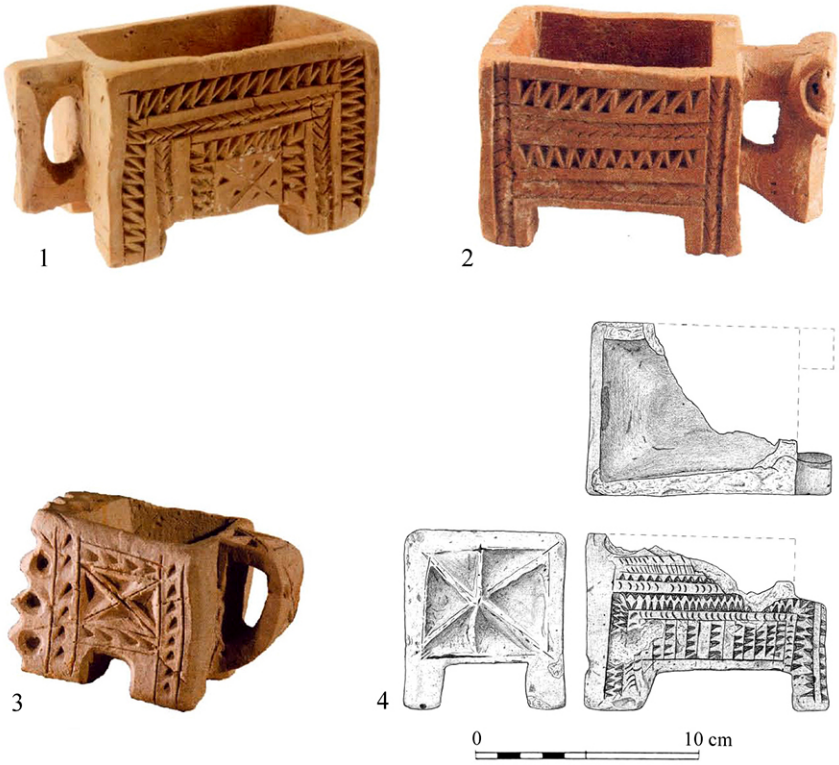

Figura 7. Cajitas. 1, de la sepultura 127a de Las Ruedas (Sanz Mínguez *et alii*, 2009); 2, de la sepultura 153 de Las Ruedas (Sanz Mínguez y Romero Carnicero, 2009); 3, de la sepultura 90 de Las Ruedas (Sanz Mínguez y Diezhandino, 2007); 4, de Montealegre de Campos (dibujo, J. F. Blanco). Las fotografiadas están a diferentes escalas.

Y es que se han barajado las más diversas posibilidades. En unas ocasiones se ha propuesto la idea de que tal vez fueran saleros o especieros (Sanz Mínguez, Carrascal Arranz y Rodríguez Gutiérrez, 2014; *Id.*, 2017: 22); aquellas que están homogéneamente quemadas sólo en sus superficies interiores y que, por tanto, dicha alteración térmica no es el resultado de los habituales incendios que acabaron con la vida de muchas viviendas, han sido interpretadas como posibles quemadores, quizá de plantas aromáticas o resinas (Blanco García, 2011: fig. 13), como lucernas (Wattenberg Sanpere, 1964: 319) e incluso, y esto es más difícil de demostrar, como objetos ligados a la inhalación de sustancias estupefacientes (*Id.*, 1965: 8-9); como contenedores de ofrendas se han interpretado en algunas ocasiones (Llanos, 1979: 713); como recipientes rituales o urnitas para guardar las cenizas de cadáveres cremados, medidas de capacidad (Wattenberg Sanpere, 1964: 319), etc., etc., etc., todo lo cual indica que en cada caso concreto no sabemos verdaderamente para qué se usaron, si bien es más que probable que muchas cajas tuvieran a lo largo de su vida útil varias funciones, que fueran objetos multifuncionales.

Es en su calidad de posibles saleros o especieros en la que, siquiera de forma testimonial y por cumplir expediente, nos parece oportuno considerarlas junto a los otros utensilios cerámicos ya explicados. Bien es cierto que ningún análisis de laboratorio (residuos, fitolitos) avala tales usos y, además, que ninguna de ellas tiene en el borde dispositivo alguno que permita el encaje de una tapadera, tan necesaria para que, al menos en el posible uso de algunas como especiero, no se produzca pérdida del aroma. Dejando al margen las que están quemadas por dentro, lo que sí nos parece incuestionable es que están pensadas para la guarda de mercancías de poco volumen pero valiosas, apreciadas.

8. Unas últimas palabras, para concluir

La primera cuestión que queremos abordar es más un deseo que una llamada de atención de orden metodológico, y se refiere a la necesidad de aislar y dar un tratamiento específico a este tipo de objetos dentro de los estudios de materiales cerámicos de los yacimientos vacceos, pero que tampoco estaría de sobra en los celtibéricos y de otras entidades étnicas. De manera habitual, las cerámicas recuperadas en las excavaciones vienen siendo clasificadas para facilitar su estudio en dos grandes grupos: recipientes, por un lado, y lo que denominamos objetos cerámicos singulares, por otro. Pues bien, salvo las cajitas, que sistemáticamente son analizadas dentro de este segundo grupo, el resto de materiales aquí considerados son abordados en el capítulo de los recipientes, en parte porque en muchos casos su morfología permite ir encajándolos con unos o con otros. Un cuenco colador o rallador, por ejemplo, es entre los cuencos donde se le sitúa y analiza; a los morteros generalmente se les incluye en el grupo de las copas, aunque se les concedan unas palabras más que a cualquier copa para resaltar precisamente sus peculiaridades morfológicas; y los cazos de nuevo es entre los cuencos o entre las tazas donde se les ubica. Todo esto, sin embargo, no es una peculiaridad de los estudios ceramológicos vacceos, sino que con idénticas trazas se viene repitiendo en los referidos a otras culturas, meseteñas y extrameseteñas. Es más, no es nada raro encontrar en algunos de ellos el hecho de que ni siquiera los objetos cerámicos de carácter singular constituyan grupo aparte respecto de los recipientes, sino que se abordan como una continuación al final de éstos, a no ser que se trate de imaginería zoomorfa o antropomorfa, en cuyo caso son objeto de una consideración especial, lógicamente, debido al plus de información que representa para el conocimiento de la cultura a la que pertenece.

Si reclamamos un espacio propio para el análisis de este grupo de objetos cerámicos es, además, porque cada uno de los elementos que lo forman permite ser organizado por tipos, atendiendo a las variaciones morfológicas de los bordes sobre todo, en el caso de los morteros; de la configuración estructural o el tipo de recipiente, en el de los ralladores; de los tipos de cuerpo y borde, en el de los embudos; y del repertorio de soluciones ideadas para conjuntar vaso y asa, en el de los cazos. En el caso de los coladores, sin embargo, hemos preferido no entrar en cuestiones tipológicas por ahora puesto que el número de ejemplares existente es aún escaso y fragmentario; y por lo que a las cajitas se refiere, generalmente incluidas entre los objetos cerámicos singulares —con las canicas, los sonajeros, las fusayolas,

las imitaciones de joyas en barro, las piezas figurativas, etc.—, y que en el presente trabajo están únicamente por la condición de objeto auxiliar cercano a las labores de preparación de alimentos que algunas de ellas tuvieron (saleros-especieros), la reciente ordenación efectuada por Sanz, Carrascal y Rodríguez, a la cual hemos remitido, nos exime de tenerla que hacer nosotros. De todas formas, las ordenaciones tipológicas efectuadas son sólo un punto de partida, ya que en el futuro habrán de ser ampliadas con los nuevos materiales que vayan proporcionando las excavaciones, con más datos cronológicos, contextuales, arqueométricos, etc.

Salvo las cajitas, que además son de cronología tardía dentro del devenir histórico de los vacceos, la mayor parte de los utensilios cerámicos vacceos que hemos tratado, con las características morfológicas que presentan y en virtud de su condición de estar fabricados a torno, hacen acto de presencia en el centro del valle del Duero durante el proceso de celtiberización. Los que son de fabricación manual hunden sus raíces en época soteña. Esto es evidente en el caso de los cuencos troncocónicos con varias perforaciones en la base plana, que pudieron servir como coladores e incluso en ciertos casos como embudos, así como en el de los cazos.

Pero más allá de los aspectos tecnológicos y crono-tipológicos de los morteros, los ralladores, los embudos, etc., así como de las conexiones que habitualmente establecemos entre el pasado y el presente a la hora de concretar de qué manera se usaron, interesa indagar las materias que en ellos se procesaban o para las cuales se fabricaron. Esta es una laguna de conocimiento que sólo se puede cubrir con los necesarios análisis de residuos efectuados sobre piezas de excavación que hasta ahora son una excepción (Las Ruedas, por ejemplo) y que lamentablemente es la misma que existe cuando nos fijamos en otras entidades étnicas meseteñas e incluso en el mundo ibérico, con lo que incluso pocas opciones hay de extrapolar datos de unas a otras. Porque en última instancia, si estamos hablando de objetos que están relacionados con actividades culinarias y de comensalidad, estas son las que verdaderamente nos interesa conocer, y esos objetos no son más que uno de los medios que tenemos a nuestro alcance.

BIBLIOGRAFÍA

ABAD, L.; SALA, F. (1993): *El poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)*. Serie de Trabajos Varios del S.I.P., 90. Valencia.

ABARQUERO MORAS, F. J. (2014): "Vertavillo. El viejo Breto", *Vaccea Anuario 2013* (n.º 7), 26-32.

ABARQUERO MORAS, F. J.; PALOMINO LÁZARO, Á. L. (2012): *Arquitectura doméstica y mundo simbólico en la ciudad vaccea de Rauda. La 'Casa del Sótano' en Las Eras de San Blas (Roa, Burgos)*. Burgos.

ARENAS, J. (1999): *La Edad del Hierro en el Sistema Ibérico Central, España*. BAR, Int. Sers., 780. Oxford.

BALADO, A. (1989): *Excavaciones en Almenara de Adaja: el poblamiento prehistórico*. Diputación de Valladolid.

BALADO, A.; CENTENO, I.; MARCOS, F. J. (2008): *Informe de la excavación arqueológica de la ampliación del I.E.S. Cauca Romana, Coca (Segovia)*. Informe depositado en el Servicio Territorial de Cultura de Segovia, de la Junta de Castilla y León. Inédito.

BAQUEDANO, I. (2016): *La necrópolis vettona de La Osera (Chamartín, Ávila, España).* Zona Arqueológica, 19, vol. II. Madrid.

BAQUEDANO, I.; BLANCO, J. F.; ALONSO, P.; ÁLVAREZ, D. (2000): *El Espinillo: un yacimiento calcolítico y de la Edad del Bronce en las terrazas del Manzanares*. APE, 8. Madrid.

BARRIO MARTÍN, J. (1988): *Las cerámicas de la necrópolis de Las Erijuelas, Cuéllar (Segovia). Estudio de sus producciones cerámicas en el marco de la II Edad del Hierro en la Meseta Norte*. Segovia.

— (1993): "Estratigrafía y desarrollo poblacional en el yacimiento prerromano de la Plaza del Castillo (Cuéllar, Segovia)" en F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.) *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el Mundo Prerromano en la Cuenca Media del Duero,* 173-212. Valladolid.

— (1999): "Arquitectura de tierra en el poblado prerromano de Cuéllar (Segovia, España)", en M. Hamman (coord.) *Actes du Colloque International sur L´Architecture en Terre en Mediterranée : Histoire et Perspectives*. Université Mohammed V. Colloques et Seminaires, 80, 41-69. Rabat.

— (2002): "El santuario de culto doméstico del poblado prerromano de Cuéllar (Segovia)", *Madrider Mitteilungen*, 43, 79-122.

BEIRÃO, C. M.; SILVA, C. T. da; SOARES, J.; GOMES, M. V.; GOMES, R. V. (1985): "Depósito votivo da II Idade do Ferro de Garvão. Notícia da primeira campanha de escavações", *OArqPort*, Serie IV, 3, 45-136.

— (1985-86): "Um depósito votivo da II Idade do Ferro, no sul de Portugal, e as suas relações com as culturas da Meseta", en J. Gorrochategui, J. L. Melena y J. Santos (eds.) *Studia Palaeohispanica. Actas del IV Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas*. Veleia, 2-3, 207-221. Vitoria.

BELLIDO BLANCO, A.; CRUZ SÁNCHEZ, P. J. (1993): "Notas sobre el yacimiento protohistórico de Sieteiglesias (Matapozuelos, Valladolid)", en F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.) *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el Mundo Prerromano en la Cuenca Media del Duero*, 263-277. Valladolid.

BLANCO GARCÍA, J. F. (1991): *Los hornos de cerámica vaccea de Coca (Segovia).* Memoria de Excavación depositada en el Servicio Territorial de Cultura de la Junta de Castilla y León en Segovia. Inédita.

— (1993): "La cerámica celtibérica gris estampillada en el centro de la cuenca del Duero. Las producciones de Coca (Segovia)", *BSAA*, LIX, 113-139.

— (1998): "Las producciones cerámicas del alfar vacceo de *Cauca* (Coca, Segovia)", *Madrider Mitteilungen*, 39, 121-141.

— (2001): "La cerámica celtibérica gris de imitación de vasos metálicos en el Valle del Duero: propuesta de sistematización y problemática en torno a su origen", *CuPAUAM*, 27, 23-62.

— (2003): *Cerámica histórica en la provincia de Segovia*. I, *Del Neolítico a época visigoda (V milenio – 711 d. C.)*. Trabajos de Arqueología Hispánica, 1. NRT Ediciones. Segovia.

— (2009): "Los inicios del consumo de uva ¿y del cultivo de la vid? en *Cauca* vaccea", en F. Romero y C. Sanz (eds.) *El Vino y el Banquete en la Europa Prerromana*, 155-167. Valladolid.

— (2011): "Coca en los inicios de su historia", en *Historia de Coca. Estudios de Historia y Arte en Coca*, 71-98. Segovia.

— (2015a): "La cerámica pintada meseteña desde Augusto hasta Adriano", en M. C. Fernández Ochoa, A. Morillo y M. Zarzalejos (eds.) *Manual de cerámica romana II. Cerámicas romanas de época altoimperial en Hispania. Importación y producción*, 429-491. Madrid.

— (2015b): "Piedra y barro. La muralla de la ciudad vaccea de *Cauca*", *Vaccea Anuario 2014* (n.º 8), 38-46.

— (2015c): "La muralla de *Cauca* vaccea", *Espacio, Tiempo y Forma*. Serie 1, *Prehistoria y Arqueología*, 8, 87-134.

— (e. p.): "La cerámica fabricada a mano con decoración pintada de la Primera Edad del Hierro en el valle del Duero", en S. Celestino y E. Rodríguez (coords.) *Las cerámicas a mano pintadas de la península Ibérica durante la I Edad del Hierro*. Archivo Español de Arqueología. Anejos LII. Mérida.

BLANCO GARCÍA, J. F.; BARRIO MARTÍN, J. (2010): "Elementos de ritualidad y espacios sacros en el reborde suroriental del territorio vacceo y zonas limítrofes celtibéricas", en F. Burillo (ed.) *VI Simposio sobre los Celtíberos. Ritos y Mitos*, 35-43. Zaragoza.

BLANCO GARCÍA, J. F.; LUCENDO DÍAZ, D.; RETUERCE VELASCO, M.; TORRES GONZÁLEZ, T. (2011): "El *oppidum* vacceo de Montealegre de Campos (Valladolid) a la luz de las recientes excavaciones arqueológicas", *Vaccea Anuario 2010* (n.º 4), 78-82.

BLANCO GARCÍA, J. F.; PÉREZ GONZÁLEZ, C.; REYES HERNANDO, O. V. (2012-2013): "Campaña de excavación arqueológica de 1999 en *Cauca* (Coca, Segovia). La secuencia estratigráfica", *Oppidum. Cuadernos de Investigación*, 8-9, 29-144.

BLOCK, E. (2010): *Garlic and other Alliums. The Lore and the Sciencie*. Cambridge.

BONET, H. (1995): *El Tossal de Sant Miquel de Llíria. La antigua Edeta y su territorio*. Valencia.

BONET, H.; MATA, C. (1997): "La cerámica ibérica del siglo V a. C. en la Edetania", *Recerques del Museu d´Alcoi*, 6, 31-47.

BUXÓ, R. (1997): *Arqueología de las plantas*. Ed. Crítica. Barcelona.

BUXÓ, R.; PRINCIPAL, J.; ALONSO, N.; BELARTE, M. C.; COLOMINAS, L.; LÓPEZ, D.; PONS, E.; ROVIRA, M. C.; SAÑA, M.; VALENZUELA, S. (2010): "Prácticas alimentarias en la Edad del Hierro en Cataluña", en C. Mata, G. Pérez y J. Vives (eds.) *De la cuina a la taula. IV Reunió d´Economía en el primer mil-lenni A.C.* Saguntum Extra 9, 189-198. Valencia.

CABALLERO, J.; PORRES, F.; SALAZAR, A. (1993): "El campo de fosas de 'El Cogote' (La Torre, Ávila)", *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1989/1990*, 4, 93-110.

CASTIELLA, A. (1977): *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja*. Pamplona.

CASTRO, L. de (1971): *La necrópolis de Pallantia*. Diputación Provincial. Palencia.

— (1972): "Proceso de aparición de las primeras ciudades en suelo palentino y recientes hallazgos arqueológicos en Palenzuela", *PITTM*, 33, 117-141.

CELIS, J. (1993): "La secuencia del poblado de la Primera Edad del Hierro de 'Los Cuestos de la Estación', Benavente (Zamora)", en F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.) *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el Mundo Prerromano en la Cuenca Media del Duero*, 93-132. Valladolid.

CENTENO CEA, I.; SANZ MÍNGUEZ, C.; VELASCO VÁZQUEZ, J.; GARRIDO BLÁZQUEZ, A. I. (2003): "Aproximación al urbanismo vacceo-romano de *Pintia*", en C. Sanz y J. Velasco (eds.) *Pintia. Un Oppidum en los Confines Orientales de la Región Vaccea. Investigaciones Arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*. (Catálogo de la Exposición *Pintia Cotidiana y Simbólica*, Valladolid, 2003), 69-98. Valladolid.

CUADRADO, E. (1987): *La necrópolis ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia)*. BPH, XXIII. Madrid.

CUBERO, C. (1995): "Estudio paleocarpológico de yacimientos del valle medio del Duero", en G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.) *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*, 371-394. Valladolid.

CURE, A.-M. (2010): "Réflexions sur l´utilisation culinaire des mortiers protohistoriques en céramique: le cas du Languedoc Méditerranée à l´Âge du Fer (VIe-IIIe s. av. N. È.)", en C. Mata, G. Pérez y J. Vives (eds.) *De la cuina a la taula. IV Reunió d´Economía en el primer mil-lenni A.C.* Saguntum Extra 9, 189-198. Valencia.

DÍAZ DÍAZ, A. (1976): "La cerámica de la necrópolis celtibérica de Luzaga (Guadalajara) conservada en el Museo Arqueológico Nacional", *RABM*, LXXIX, 397-489.

DUQUE, D. M.; PÉREZ, G.; PAVÓN, I.; RODRÍGUEZ, A. (2010): "Cocina y mesa en La Mata (Campanario, Badajoz)", en C. Mata, G. Pérez y J. Vives (eds.) *De la cuina a la taula. IV Reunió d´Economía en el primer mil-lenni A.C.* Saguntum Extra 9, 199-208. Valencia.

ESCRIBANO, C. (1990): "La Edad del Hierro en el occidente de Zamora y su relación con el horizonte del Soto de Medinilla: 'El Castillo', Manzanal de Abajo (Zamora)", *AIEZFO 1990*, 211-263.

FABIÁN, J. F. (2006): *El IV y III Milenio AC en el Valle Amblés (Ávila).* Arqueología en Castilla y León, Monografías, 5. Salamanca.

FARO, J. A. (2015): "La necrópolis de El Castillo (Castejón, Navarra). Vajilla e instrumental metálico de sacrificio y banquete en el valle medio del Ebro (s. VI-III A. C.)", *Lucentum* XXXIV, 31-118.

FERNÁNDEZ-GALIANO, D.; VALIENTE, J.; PÉREZ, E. (1982): "La necrópolis de la Primera Edad del Hierro de Prados Redondos (Sigüenza, Guadalajara). Campaña 1974", *Wad-al-Hayara*, 9, 9-36.

GARCÍA ALONSO, M.; URTEAGA ARTIGAS, M. (1985): "La villa medieval y el poblado de la Edad del Hierro de La Mota, Medina del Campo (Valladolid)", *NAH*, 23, 61-139.

GARCÍA HERAS, M. (1998): *Caracterización arqueométrica de la producción cerámica numantina.* BAR, Int. Sers., 692. Oxford.

GATES, CH. (2011): *The archaeology of urban life in the Ancient Near East and Egypt, Greece and Rome.* Routledge, 2nd edition. London and New York.

GÓRRIZ GAÑÁN, C. (2010): "Rituales de vino y banquete en la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia*", en F. Romero Carnicero y C. Sanz Mínguez (eds.) *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea.* Vaccea Monografías, 4 (CEVFW Universidad de Valladolid), 231-256. Valladolid.

GRAELLS, R. (2005): "Sobre el banquet de la primera edat del ferro a Catalunya: els accessoris de condimentació de la beguda", *Revista d´Arqueología de Ponent*, 15, 235-246.

IBORRA, M. P.; MATA, M. C.; MORENO, A.; PÉREZ, G.; QUIXAL, D.; VIVES, J. (2010): "Prácticas culinarias y alimentación en asentamientos ibéricos valencianos", en C. Mata, G. Pérez y J. Vives (eds.) *De la cuina a la taula. IV Reunió d´Economía en el primer mil-lenni A.C.* Saguntum Extra 9, 99-114. Valencia.

JIMENO, A. (ed.) (2005): *Celtíberos. Tras la estela de Numancia.* Catálogo de la exposición (Soria, 2005). Soria.

JUAN, J.; MATAMALA, J. C. (2003): "Apéndice I. Análisis de adobe, pigmentos, contenidos de recipientes, instrumental textil, material lítico de molienda y cálculo dental humano procedentes del yacimiento de *Pintia*", en C. Sanz y J. Velasco (eds.) *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la región vaccea. Investigaciones Arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003).* Catálogo de la Exposición *Pintia Cotidiana y Simbólica* (Valladolid, 2003), 311-322. Valladolid.

LLANOS, A. (1979): "Cajas de cerámica celtibéricas del poblado de La Hoya (Laguardia, Álava)", en *XV CNA*, 709-720. Zaragoza.

LUCAS, M. R. (2003-2004): "*Simpulum* y bebida, marcadores de prestigio y jefatura durante el Hierro I (siglos VII/VI a. C.): entre el Herault y el Ebro", *Kalathos*, 22-23. *Homenaje a Rosario Lucas Pellicer*, 95-134. Teruel.

MARCOS POUS, A. (1979): *Trabajos arqueológicos en La Libia de los Berones (Herramélluri, Logroño).* Instituto de Estudios Riojanos. Logroño

MARTÍN VALLS, R. (1984): "Prehistoria palentina", en J. González (dir.) *Historia de Palencia.* Vol. I, *Edades Antigua y Media*, 15-53. Palencia.

— (1990): "Los 'simpula' celtibéricos", *BSAA*, LVI, 144-169.

MARTÍN VALLS, R.; DELIBES DE CASTRO, G. (1978): "Die Hallstatt-Zeitliche siedlung von Zorita bei Valoria la Buena (prov. Valladolid)", *Madrider Mitteilungen*, 19, 219-230.

MATA, C. (1991): *Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia). Origen y evolución de la cultura ibérica.* S. I. P. Serie de Trabajos Varios, 88. Valencia.

MATA, C.; BONET, H. (1992): "La cerámica ibérica: ensayo de tipología", en J. J. Cavanilles (coord.) *Estudios de arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*. Serie de Trabajos Varios del S.I.P., 89, 117-173. Valencia.

MISIEGO, J. C.; MARTÍN, M. A.; MARCOS, G. J.; SANZ, F. J.; PÉREZ, F. J.; DOVAL, M.; VILLANUEVA, L. A.; SANDOVAL, A. M.; REDONDO, R.; OLLERO, F. J.; GARCÍA, P. F.; GARCÍA, M. I.; SÁNCHEZ, G. (2013): *Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de 'La Corona/El Pesadero', en Manganeses de la Polvorosa. La Edad del Hierro y la Época Romana en el norte de la provincia de Zamora*. Arqueología en Castilla y León. Memorias, 19. Edición electrónica.

MORRISON, J. E. (2014): *The art and archaeology of cooking: a comparative study of Late Minoan cook-pots from Mochlos and Papadiokambos*. Thesis, School of Archaeology and Ancient History. University of Leicester. Leicester.

PEREIRA, J. (2006): "Una nueva forma en el repertorio cerámico protohistórico de la península Ibérica: clepsidra", *Trabajos de Prehistoria*, 63 (1), 85-111.

QUINTANA, J. (1993): "Sobre la secuencia de la Edad del Hierro en Simancas", en F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.) *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el Mundo Prerromano en la Cuenca Media del Duero*, 67-91. Valladolid.

RIVERA, D.; OBÓN, C.; ASENSIO, A. (1988): "Arqueobotánica y paleobotánica en el sureste de España. Datos preliminares", *Trabajos de Prehistoria*, 45, 317-334.

ROMERO CARNICERO, F. (1991): *Los Castros de la Edad del Hierro en el Norte de la provincia de Soria*. Studia Archaeologica, 80. Valladolid.

ROMERO CARNICERO, F.; GÓRRIZ GAÑÁN, C. (2007): "Banquete y consumo del vino entre los vacceos", en C. Sanz y F. Romero (eds.), *En los Extremos de la Región Vaccea*. Catálogo de la Exposición (Cea y Padilla/Peñafiel, 2007), 111-114. León.

ROMERO CARNICERO, M. V.; ROMERO CARNICERO, F.; MARCOS CONTRERAS, G. J. (1993): "*Cauca* en la Edad del Hierro. Consideraciones sobre la secuencia estratigráfica", en F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.) *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el Mundo Prerromano en la Cuenca Media del Duero*, 223-261. Valladolid.

ROMERO CARNICERO, F.; SANZ MÍNGUEZ, C.; GÓRRIZ GAÑÁN, C.; DE PABLO MARTÍNEZ, R. (2012): "Cerámicas negras bruñidas del oriente vacceo", en D. Bernal y A. Ribera (eds.) *Cerámicas hispanorromanas II. Producciones regionales*, 619-638. Cádiz.

RUIZ, A.; MOLINOS, M. (1995): *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*. Barcelona.

SACRISTÁN, J. D. (1986): *La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*. Valladolid.

SANZ MÍNGUEZ, C. (1997): *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*. Arqueología en Castilla y León, Memorias 6. Salamanca.

SANZ MÍNGUEZ, C.; BLANCO GARCÍA, J. F. (2015): "Figuración en el universo mental vacceo. El bestiario en *Pintia* (Padilla de Duero/Peñafiel, Valladolid)", *Vaccea Anuario 2014*, (n.º 8), 48-64.

SANZ MÍNGUEZ, C.; CARRASCAL ARRANZ, J. M.; RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, E. (2014): "Saleros-especieros zoomorfos, de barro y cerámica, en técnica excisa, del territorio vacceo (ss. IV-I a. C.)", en R. Morais, A. Fernandez y M. J. Sousa (eds.) *As Produçoes Cerâmicas de Imitaçao na Hispania*, T. II, 199-212. Monografías Ex Officina Hispana, II. Porto.

— (2017): "Cerámica. Objetos singulares. I. Cajitas vacceas", *Vaccea Anuario 2016* (n.º 10), 22-32.

SANZ MÍNGUEZ, C.; DIEZHANDINO, E. (2007): "Tumba 90: una muerte demasiado prematura", en C. Sanz y F. Romero (eds.), *En los Extremos de la Región Vaccea*. Catálogo de la Exposición (Cea y Padilla/Peñafiel, 2007), 99-102. León.

SANZ MÍNGUEZ, C.; GALLARDO MIGUEL, M. A.; VELASCO VÁZQUEZ, J.; CENTENO CEA, I. (2003): "La tumba 75 de Las Ruedas, primer testimonio arqueológico de la élite ecuestre vaccea", en C. Sanz y J. Velasco (eds.) *Pintia. Un Oppidum en los Confines Orientales de la Región Vaccea. Investigaciones Arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*. (Catálogo de la Exposición *Pintia Cotidiana y Simbólica*, Valladolid, 2003), 173-196. Valladolid.

SANZ MÍNGUEZ, C.; PEDRO, R. (2014): "Campaña XXIV 2013 de excavaciones arqueológicas en *Pintia* (Padilla de Duero/Peñafiel)", *Vaccea Anuario 2013* (n.º 7), 6-12.

SANZ MÍNGUEZ, C.; ROMERO CARNICERO, F. (2009): "Campaña XIX 2008 de excavaciones arqueológicas en *Pintia* (Padilla de Duero/Peñafiel)", *Vaccea Anuario 2008* (n.º 2), pp. 6-13.

SANZ MÍNGUEZ, C.; ROMERO CARNICERO, F.; GÓRRIZ GAÑÁN, C. (2009): "Espacios domésticos y áreas funcionales en los niveles sertorianos de la ciudad vacceo-romana de *Pintia* (Padilla de Duero / Peñafiel, Valladolid)", en M. C. Belarte (ed.) *L'Espai Domèstic i l'Organització de la Societat a la Protohistòria de la Mediterrània Occidental (Ier mil-lenni aC)*. ArqueoMediterrània, 11, 253-270. Barcelona.

— (2010): "El vino en *Pintia*: nuevos datos y lecturas", en F. Burillo (coord.) *VI Simposio sobre Celtíberos. Ritos y Mitos*, 595-612. Zaragoza.

SANZ MÍNGUEZ, C.; ROMERO CARNICERO, F.; GÓRRIZ GAÑÁN, C.; DE PABLO MARTÍNEZ, R. (2009): *El vino y el banquete en la Ribera del Duero durante la Protohistoria*. Vaccea Monografías, 3. Valladolid.

— (2010): "Cerámicas torneadas negras de superficie y decoración bruñida. Breves apuntes para la definición de una nueva producción vaccea", *Vaccea Anuario 2009* (n.º 3), 68-71.

SANZ MÍNGUEZ, C.; SOBRINO GONZÁLEZ, M. (2014): "Tiedra. El cerro de La Ermita", *Vaccea Anuario 2012* (n.º 6), 26-31.

SANZ MÍNGUEZ, C.; VELASCO VÁZQUEZ, J.; CENTENO CEA, I.; JUAN I TRESSERRAS, J.; MATAMALA, J. C. (2003): "Escatología vaccea: nuevos datos para la comprensión a través de la analítica de residuos", en C. Sanz y J. Velasco (eds.) *Pintia. Un Oppidum en los Confines Orientales de la Región Vaccea. Investigaciones Arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*. (Catálogo de la Exposición *Pintia Cotidiana y Simbólica*, Valladolid, 2003), 145-171. Valladolid.

SCHÜLE, W. (1969): *Die Meseta-Kulturen der Iberische Halbinsel. Mediterrane und Eurasische Elemente in Früheisenzeitlichen Kulturen Südwestereuropas*. Madrider Forschungen, 3. 2 vols. Berlín.

TARACENA, B. de (1924): *La cerámica ibérica de Numancia*. Madrid.

TZEDAKIS, I.; MARTLEW, H. (1999): *Minoans and Mycenaeans: flavours of their time*. Catálogo de la Exposición, Atenas, 1999. Athens.

URBINA, D. (2000): *La Segunda Edad del Hierro en el Centro de la Península Ibérica. Un estudio de Arqueología Espacial en la Mesa de Ocaña, Toledo, España*. BAR, Int. Sers., 855. Oxford.

WATTENBERG GARCÍA, E. (1978): *Tipología de cerámica celtibérica en el valle inferior del Pisuerga (yacimientos de Tariego, Soto de Medinilla y Simancas)*. MMAV, vol. 3. Valladolid.

WATTENBERG SANPERE, F. (1963): *Las cerámicas indígenas de Numancia*. BPH, IV. Madrid.

— (1964): "Una nueva cajita celtibérica", *BSAA*, XXX, 318-320.

— (1965): "Algunas notas sobre formas y características de la cerámica vaccea", *BSAA*, XXXI, 5-14.

— (1978): *Estratigrafía de los cenizales de Simancas (Valladolid), MMAV*, 2, Valladolid.